



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

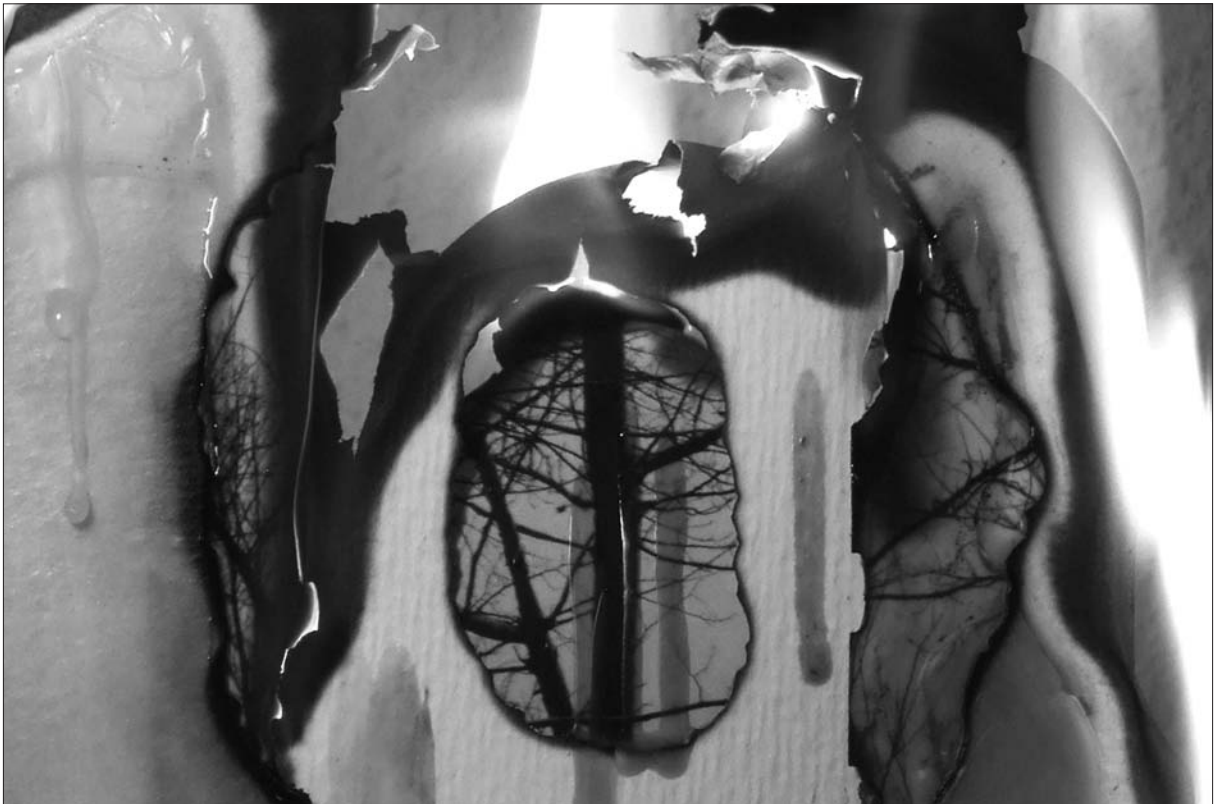
ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO



Pablo S. Herrero (Salamanca, España, 1977). Artista plástico. Desarrolla su trabajo principalmente sobre dos soportes: pared y papel. Su temática gira siempre en torno a la naturaleza como vehículo para representar los órdenes de las relaciones humanas. La serie que aparece en esta revista, *Imágenes del incendio*, da un giro al concepto de relación por medio de una imagen fotográfica fusionada con una imagen ficticia, como una especie de teoría de conjuntos. La ausencia de color en su obra es una forma de acotación del lenguaje, la pretensión de encontrar un camino más directo hacia lo esencial. Tanto en la realización de murales como de tintas y aguadas sobre papel, la única inserción de motivos vegetales tiene como propósito delimitar aún más el modo de expresar la interacción entre seres de nuestra misma especie (<http://lasogaalcielo.blogspot.com>).

Imagen contraportada: *Proceso de arder. Fragmento 4*, fotografía y técnica mixta, medidas variables, 2010

El resto de las imágenes pertenecen a la serie “Imágenes del incendio”, fotografía y tinta china, medidas variables, 2010



Pablo S. Herrero, *Proceso de arder. Fragmento 1*, fotografía y técnica mixta, medidas variables, 2010

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Algunos muertos / Francisco Segovia	8
POETAS DE CASTILLA Y LEÓN	
De cero (otra vez) / Ben Clark	14
Nacho Abad	18
Jorge Barco	25
Susana Barragués	30
Juan Cabárceno	35
Andrés Catalán	39
Luis Llorente Benito	44
Pablo López Carballo	49
Andrea Mazas	54
Víctor M. Pérez Mateos	59
Henry Pierrot	64
Óscar Rodríguez	69
Rafael Saravia	72
Raúl Vacas	76
Víctor J. Vázquez	83

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

Sealtiel Alatríste
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 164, noviembre-diciembre 2010
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Mariana Hernández, Rodrigo Martínez, Luis Paniagua
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: Marfa Luisa Martínez Passarge
Ilustración y portada de este número: Pablo S. Herrero
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
Malintzin 199, Col. Del Carmen Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.


Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Domtar Sandpiper de 216 gramos.

La Feria Internacional del Libro de Guadalajara ha estado dedicada en varias ocasiones a comunidades españolas —Cataluña, Andalucía y ahora Castilla y León. Distintas geografía e historia, distintas expresiones poéticas. Hace pocos años publicamos una muestra de la presente producción literaria andaluza, y sin ánimo de establecer comparaciones quiero destacar lo interesante que resulta revisar la obra recogida en esta revista entonces y ahora, con la intención de contrapuntar el trabajo de escritores que comparten el azar cronológico y la nacionalidad.

Esta vez, *Punto de partida* abre sus páginas a la nueva poesía de Castilla y León. La muestra fue antologada y presentada por el también poeta Ben Clark, y está antecedida por siete poemas del mexicano Francisco Segovia —de su trilogía inédita *Bitácora*—, a quien agradecemos encarecidamente la generosidad de compartir sus versos con las nuevas generaciones en nuestro tradicional Árbol Genealógico. La serie gráfica “Imágenes del incendio”, del artista plástico salmantino Pablo S. Herrero, discurre a manera de discurso complementario a lo largo del número.

En las páginas preliminares, Herrero da una suerte de explicación de motivos —como lo hacen los autores seleccionados en sus poéticas—: “la ausencia de color en su obra es una forma de acotación del lenguaje, la pretensión de encontrar un camino más directo hacia lo esencial”. Curioso que sea desde el lenguaje plástico donde se perfile un denominador común en esta muestra de catorce poetas nacidos en los años setenta y ochenta: en su obra se percibe esa cercanía con la esencia a través de la palabra, un lenguaje austero donde no abundan los artilugios, la pirotecnia ni las concesiones. Catorce voces maduras ya —aunque algunos de estos poetas sean muy jóvenes—, permeables tanto a la fuerte tradición literaria de su región como a los nuevos aires de una época en la que su poesía puede ser más conocida fuera que dentro del terruño gracias a la afortunada proliferación de blogs literarios.

Atestiguamos entonces un espléndido abanico de poemas y una selección notable y mesurada que nos permite apreciar no sólo las particularidades de los poetas incluidos sino también distintos registros en un mismo autor —basten como ejemplo los casos de Nacho Abad con una muestra que abarca desde el lenguaje cotidiano, la intención narrativa y la crítica ironía presentes en “Dinero” o “Perdición” hasta el impecable aliento lírico de “Talita cumi”; o de Raúl Vacas, quien lo mismo retoma con maestría la tradición en su “Égloga de los esposos” que desgrana un extenso e íntimo poema en prosa. Junto a ellos, Jorge Barco, Susana Barragués, Juan Cabárceno, Andrés Catalán, Luis Llorente Benito, Pablo López Carballo, Andrea Mazas, Víctor M. Pérez Mateos, Henry Pierrot, Óscar Rodríguez, Rafael Saravia y Víctor J. Vázquez —parafraseando al zamorano Tomás Sánchez Santiago— “nos desordenan la mirada” y dan forma a este número especial de *Punto de partida*. 

Carmina Estrada

Algunos muertos

Francisco Segovia

*

ACAMPAMOS en las tumbas y comemos
lo que dejan nuestros muertos.
Lo mismo hacen en el pueblo
y en palacio. El Día de Muertos
cumplimos todos con la ofrenda :
nos comemos las sobras
los unos de los otros.

*

DE DÍA amordazábamos
nuestro dolor en las gargantas
y las grutas de la sierra.
De noche huíamos diezmados
la boca llena de polvo
y un ascua ardiente en el estómago.

¡Tantos muertos y heridos
dejados al paio en aquel valle
bajo un sol impávido y sereno!

Esa noche uno cantó :
“Háblenme montes y valles
Grítenme piedras del campo” ...

y otro repitió viejas palabras :

“En el país derrotado
ríos y colinas impasibles” ...

—¿Es que no lo escuchan
las nubes el agua las montañas?
¿No sienten que en su hechizada paz
tampoco para ellas hay justicia?

Bajo el chisguete de la Vía Láctea
no nos resignamos a creer
que Dios nos haya abandonado.

*

COMO UN PEZ que resbala de las manos
como un bocado que traga la garganta
como una cría y su placenta cuando nacen
así se le escaparon de los labios
de la herida las entrañas.

Las miró un instante palpitando
en el cuenco de sus brazos
con el mismo azoro y la ternura
con que se ve la primera vez a un hijo.

*

SE IBA ASENTANDO el polvo poco a poco
como una red que topa con el suelo
y se derrama y se vacía : mano yerta
que al fin enseña y suelta
lo que apretaba el puño.

Escampaba en el campo de batalla ...

Cuerpos y más cuerpos
que boqueaban como peces en la arena
cuando se abre la atarraya.

*

SUSURROS tras las rejas
del camposanto ...

Que toda la carne es polvo
y sólo un soplo las palabras ...

Hasta de la lumbre
sólo queda su fantasma.

Fuegos fatuos.

*

DE TU TIERRA cogimos este odio al viento
que rueda de las faldas de la sierra.

Porque hace temblar los fustes del maíz
como el pulso de la sangre hacía temblar aún
el bieldo que dejaste en el vientre de tu hermana.

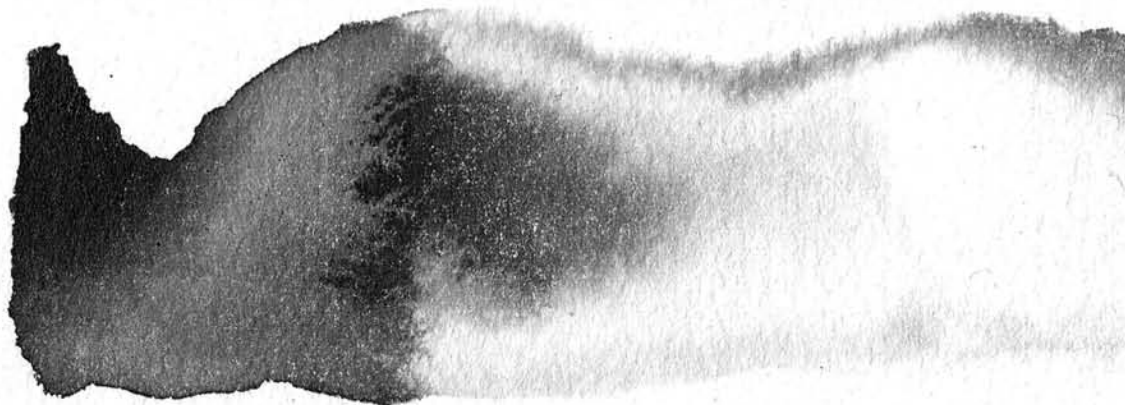
*

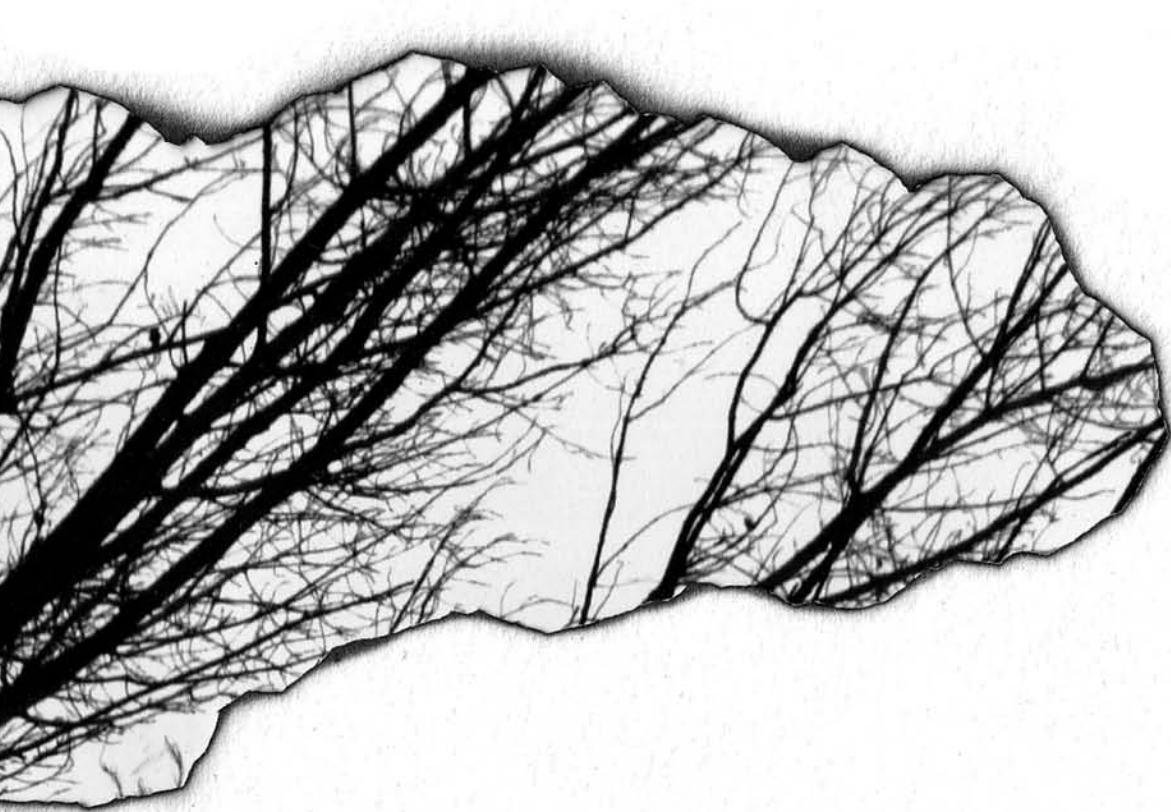
—ECHÓ el cuerpo al agua
para que el cauce lo arrastrara
y no pudieran velarlo sus parientes.

La sangre —dijo—
reborujó sus hilos en el agua
como los cirros en el cielo
y el río rompió a dar coces
en una y otra orilla
como queriendo sacudirse aquel jinete.

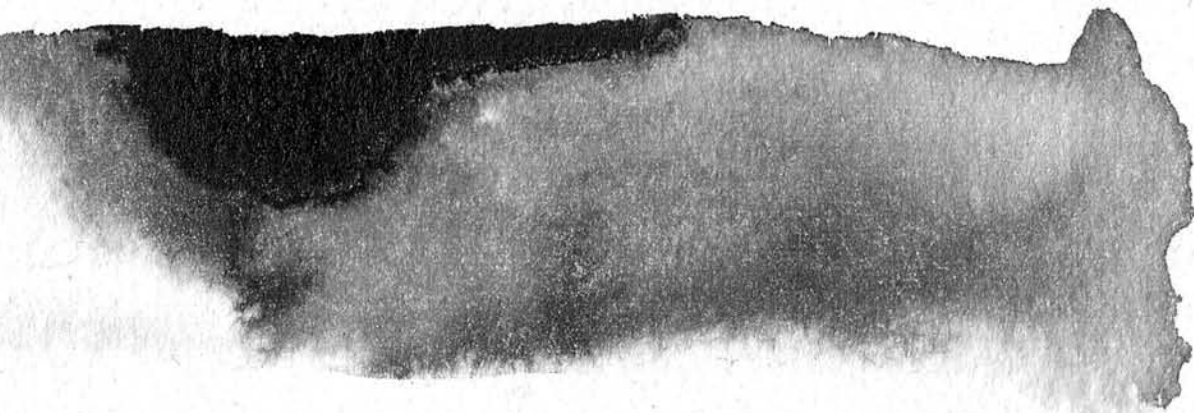
Mejor sigan otro poco.
Más arriba hallarán un puente.
Aquí las aguas enloquecen
apenas sienten un cuerpo.

Francisco Segovia (México, 1958). Poeta, ensayista, lexicógrafo. Trabaja en el Diccionario del Español de México, en El Colegio de México. Sus últimos libros son: *Jorge Cuesta. La cicatriz en el espejo* (ensayo, Ediciones Sin Nombre-Conaculta, 2004), *Ley natural* (poesía, Ediciones Sin Nombre, 2007), *Elegía* (poesía, Ediciones Sin Nombre, 2007). Los poemas aquí presentados pertenecen a su trilogía inédita *Bitácora*.





Poetas de Castilla y León



De cero (otra vez)

Ben Clark

*Para poder nombrarte he de estar quieto:
que en torno todo siga pero nada se mueva*

Andrés Catalán

Un cuarto de siglo ha pasado desde la publicación de *Esto era y no era*, la lectura —y recopilación— en tres tomos que hizo Miguel Casado de los poetas de Castilla y León. En el prólogo del primer volumen, Casado hablaba de un acontecimiento entonces reciente —el I Encuentro de Poetas de Castilla y León, celebrado en Salamanca en diciembre de 1984—, que “pese a sus deficiencias, ha supuesto una importante ocasión de contacto para los poetas jóvenes de la región”. Podríamos decir que han cambiado muchas cosas desde aquel primer encuentro; será necesario hablar del traslado de estas “ocasiones de contacto” hacia otras esferas, atemporales, alejadas de la institución, que han nacido con la aparición de la red social. Pero habría que aclarar también que la quietud y el “desierto cultural” que describe Casado en su prólogo siguen presentes, impertérritos, preservados por el frío inmisericorde de Castilla y León. Así, los escritores de esta comunidad sufrimos una doble experiencia que amenaza con acentuar la bipolaridad de nuestros textos: vivimos una época de vertiginosa y emocionante evolución, y habitamos un espacio culturalmente desastroso, yermo y absolutamente opuesto al cambio. Ya lo dijo Casado hace 25 años, palabra por palabra: “ahora, de nuevo, se empieza de cero”.

¿Qué ocurre, entonces, con la poesía en Castilla y León? Una respuesta analítica a la altura de las circunstancias vendría a decir que poca cosa. Salamanca, cul-

ta y limpia, sigue festejándose a sí misma como Capital Europea de la Cultura —desde hace casi diez años— ofreciendo cada vez menos cultura y ocupándose con recelo de que las distintas instituciones de la ciudad actúen de espaldas a las demás; Palencia es un misterio cultural por resolver; Soria, según se nos recuerda siempre, una Ciudad de Poetas porque por allí estuvo, según se nos recuerda siempre, Antonio Machado; Valladolid acaba de descubrir que parió a Francisco Pino; la ciudad de Burgos le ha puesto nombre a un premio poético que ha dado bastantes buenos libros; Segovia —acueducto incluido— sirve de escenario para el HAY Festival; Zamora realiza congresos sobre Claudio Rodríguez; y León, que tantos poetas ha dado, lleva unos años viendo cierta resurrección cultural y poética que surge del empeño personal de varios jóvenes, y que poco tiene que ver ya con iniciativas institucionalizadas, como la colección “Provincia” de poesía.

La respuesta de los poetas jóvenes a este panorama anquilosado ha sido contundente: por un lado, crear nuevas plataformas físicas para su producción —mediante la fundación de pequeñas editoriales y revistas— y, por otro, aprovechar las facilidades que la web 2.0 ofrece para dejar atrás el aislamiento que impone la vida provinciana. No creo que sea muy aventurado decir que los poetas jóvenes de Castilla y León —y los poetas jóvenes que habitamos en Castilla y León— de principios de la segunda década del siglo XXI somos, con todo, los que más se han comunicado —o que más posibilidades de comunicación tienen— con otros poetas del resto de España y, por supuesto, de Latinoamérica. Que esta comunicación se produzca en la realidad es otro cantar,

pero el aislamiento geográfico ya no puede constituir un factor a tener en cuenta a la hora de analizar los supuestos rasgos de una poesía que se supone, como indica el título mismo de esta selección, regional.

Ha sido, precisamente, la complejidad de estas conexiones la que ha dificultado mucho la selección de los autores que debía recoger esta antología, pero ha sido, también, gracias a esta misma complejidad que ha sido posible: casi todos los poetas que figuran en la selección tienen poemas colgados en sus blogs, en los blogs de otros poetas, cuentan con material publicado en distintos espacios virtuales —como, por ejemplo, Las Afinidades Electivas— y comparten, como se verá, menos rasgos formales en común que amigos en Facebook. La naturaleza misma de la red que venimos comentando ha hecho de ésta una selección, claro, caprichosa y arbitraria. Faltan nombres importantes, como José Ángel Barrueco (Zamora, 1972), perfecto ejemplo de una brillante voz poética que resuena mucho más allá de la provincia gracias a los espacios virtuales. Nombres que deberían estar, pero que faltan por cuestiones de espacio.

Todos los poetas aquí presentes nacieron en los años setenta u ochenta. Algunos no nacieron en Castilla y León —como Susana Barragués o Rafael Saravia, por ejemplo—, pero han desarrollado su trabajo en la comunidad y mantienen una estrecha relación con la misma. Algunos son autores con una sólida trayectoria y mucha experiencia, como Raúl Vacas o Jorge Barco, y otros, algo más jóvenes, esperan impacientemente la edición de su primer libro, como el burgalés Juan Cabárceno. Se advertirá un predominio de poetas salmantinos y de poetas relacionados con León. Esto ocurre por dos motivos: en primer lugar, porque son las dos ciudades donde hay más movimiento literario (en León cabe destacar la labor realizada por el Club Leteo y la publicación de la revista *The Children's Book of American Birds*, de periodicidad semestral, que viene a cubrir el vacío existente en lo referido a publicaciones artísticas y literarias con origen en la ciudad de León, y que retoma, con sus particulares señas de identidad, el legado de anteriores publicaciones de la talla de *Espadaña*, *Alcance* o *Clara-boyá*). En segundo lugar —atendiendo a la abrumadora presencia charra—, el abajo firmante vive en Salaman-



ca, donde lleva años implicado en algunas de las actividades poéticas de la ciudad, como la Sala Marte Poesía, la edición de la revista de arte y literatura *Mombaça*, el polémico I Campeonato Mundial de Poetas Pesados (<http://www.poetaspesados.blogspot.com>), los recitales poéticos de El Sabor o Micro Abierto Salamanca.

El movimiento escapista que ofrece Internet no significa, sin embargo, que los poetas de Castilla y León escriban olvidándose de la obra que se compuso en aquella tierra, cuando no existía la democracia digital ni, en algunos casos, la democracia. La figura —tan olvidada por el Ayuntamiento de Salamanca— del poeta Aníbal Núñez (“único poeta español que permaneció intramuros de una ciudad de provincia toda su vida”, escribe Fernando R. de la Flor) está cada vez más presente, no sólo entre los escritores jóvenes de Castilla y León, sino entre todos los poetas jóvenes en lengua castellana del territorio nacional. El leonés Antonio Colinas vive y escribe en Salamanca, y su casa constituye un punto de encuentro para muchos poetas jóvenes, que reciben de aquél lecturas, consejos y recomendaciones para su obra en ciernes. El zamorano Tomás Sánchez Santiago vive y trabaja en León, donde también vive, claro, Antonio Gamoneda, poeta que se lee cada vez más y que, además, participa activamente en muchos encuentros culturales de dicha provincia organizados por los poetas jóvenes del Club Leteo. Claudio Rodríguez sigue siendo un referente, así como Francisco Pino. Tras su fallecimiento en mayo de 2009 se vuelve a leer la obra del poeta salmantino José-Miguel Ullán y, por otro lado, no hay que perder de vista la influencia de ge-

neraciones posteriores, como Juan Carlos Mestre o Juan Antonio González Iglesias en la producción última de la poesía de esta comunidad.

Para acabar quisiera volver sobre unas palabras del crítico y poeta Miguel Casado, con las que empieza el apartado de su estudio previo, en *Esto era y no era*, dedicado a la poesía última de Castilla y León. Se podía haber escrito hoy mismo, 25 años después, y, según parece, se podrá escribir dentro de 25 años. No cabe, al día de hoy, en Castilla y León, la esperanza en materia de gestión cultural y renovación. Sólo podemos esperar, como se ha esperado siempre, a que los libros —ahora electrónicos— recuerden a aquellos creadores que intentan ofrecer algo nuevo en el centro de esta meseta. Les dejo, pues, con Casado, y espero que disfruten de los poemas y de las ilustraciones tanto como lo he hecho yo mientras se confeccionaba este monográfico.

[El reciente I Encuentro de Poetas de Castilla y León] ha sido una muestra más de un panorama crítico lleno de confusión y equívocos. La valoración de la poesía actual, pese a la estrechez del ámbito de sus lectores, se mueve entre oleadas de tópicos, ya laudatorios, ya descalificadores; pero siempre esterilizantes, con ese lastre que la contemporaneidad parece arrastrar inevitable a la hora del análisis de los textos. **P**

Salamanca, 14 de octubre de 2010.

¹ Miguel Casado, *Esto era y no era*, Ámbito Ediciones, Valladolid, 1985, p. 24.



Foto: Alberto de la Rocha

Ben Clark (Ibiza, 1984). Poeta y traductor. Actualmente reside en Salamanca, donde trabaja para diferentes instituciones culturales. Ha recibido diversos premios literarios, entre los que destacan el Primer Premio Arte Joven de Baleares 2005 por *Cabotaje* y el Premio Hiperión 2006 por su libro *Los hijos de los hijos de la ira*. Durante el curso 2004-2005 recibió una beca de creación de la Fundación Antonio Gala. Colabora con diferentes revistas literarias y con la prensa salmantina. Ha traducido a poetas como Anne Sexton y Edward Thomas. Desde el año 2002 escribe semanalmente una columna para el suplemento catalán *Mola* del *Diario de Ibiza*. Su obra aparece en diversos recuentos y antologías de la poesía reciente. Su blog es www.delversoyloadverso.com.

NOTA: Para más información sobre los poetas seleccionados, escribir a correoclark@gmail.com.



Nacho Abad

León, 1980

En lugar de poética

Lo reconozco: he perdido todo interés por las poéticas a medida que me he ido resignando a pensar que —al menos en mi caso— uno escribe únicamente lo que puede, y no lo que quisiera. Teorizar acerca de lo que se ha escrito no sería más que dejar constancia de las frustraciones, expresión de lo que se quiso frente a lo que fue.

De la misma manera he dejado de preguntarme por qué uno escribe. No creo que exista razón suficiente como para compensar todo lo que se sufre en el acto de la escritura. Es, sin embargo, algo inevitable. Puedo añadir únicamente que creo que escribir es un acto de optimismo. Expresa, aun de forma indirecta, fe en el futuro. Y como tal, reporta en ocasiones satisfacción. Pero en la mayoría de los casos, da bastante asco.

El sueño americano

¿Qué hacer si un antiguo amor se presenta un día
y te pide que le lleves lejos,
que le acompañes a un país que ninguno de los dos conocáis?
Ya casi no os queda nada en común,
pero la amaste tanto,
fuiste tan feliz a su lado,
y para colmo está tan guapa últimamente,
que te sientes afortunado,
y deseas revivir aquel tiempo que el recuerdo ahora idealiza,
cuando odiabas a todas las chicas que se llamaban como ella
hasta que oíste su nombre.

Nacho Abad. Autor de los poemarios *De las palabras palomas* (Diputación de León, 2001) y *Comunicado* (Leteo, 2006), así como de la novela *El empleo* (Eclipsados, 2008). Ha sido incluido en distintas antologías como *Poesía para bacterias*, *Tripulantes*, *Escrito en el año de la fiebre*, *Hank Over (Resaca)*, *10 nuevas voces de la poesía leonesa*. Fue miembro del consejo editor de la revista de creación literaria *The Children's Book of American Birds*. En 2000 fundó, con otros escritores de su generación, el Premio Leteo.



Y aunque lo vuestro no salió bien
 —ella con sus caprichos, tú con tu desorden—
 uno nunca es libre
 cuando ama desmedidamente la belleza.
 Y además, empieza a llover y no tenéis paraguas
 y hay algo que te ha fascinado siempre en el pelo que la lluvia enreda...
 —Llévame a Nueva York, te dice,
 quiero conocer Brooklyn,
 trabajar de camarera en un café
 todos los días, hasta la media noche.

Y tú te lo imaginas todo
 tan miserable y hermoso,
 las calles, el otoño,
 el parque
 los americanos *cool*
 e insoportables,
 un trabajo en la obra,
 un piso pobre y mal decorado,
 un televisor que cambia solo de canal
 justo cuando a la bella emuladora de M
 le va a levantar el vestido el extractor del metro.

Y también te imaginas
 el sabor a café y pastel de manzana
 que ella traerá en las manos cuando regrese,
 y que desearías que fuese todo tu alimento.

Y también,
que uno de tus días libres,
cansado de pasear a la deriva,
demasiado cansado de estar solo
contigo mismo
entras en la cafetería
donde ella sonríe a los clientes,
y te sientas en la barra a beber un vaso de cerveza
la miras como si fuese la primera vez que la ves

y entiendes que ella es la causa
de que tu vida sea un desastre
del que no te arrepientes.

Dinero

El dinero ya no es lo que era,
eso creo.

Hace años me gastaba todo mi dinero en beber.
No tenía mucho, pero todo lo invertía en
noches de fiesta con amigos.
Salíamos temprano, no regresábamos hasta las cuatro,
las cinco, a veces, de la madrugada.

Antes de llegar a casa, cuando todos los bares ya habían cerrado,
parábamos en una cafetería de barrio,
a tomar café con aguardiente.

Era una cafetería de obreros,
llena de gente recién levantada,
hombres que apestaban a sudor
y a saliva seca desde primera hora.

Al fondo había un televisor
en que siempre se veían películas porno.

Nosotros nos dedicábamos a fumar un cigarro
tras otro
y a ver a aquellas mujeres fantásticas
capaces de meterse
tres pollas en la boca.

Eran diosas
cuyo resplandor se abría paso
a través del humo de tabaco negro que flotaba en la sala.

Al volver a casa, me metía en la cama
pensando en qué buena había sido la noche
y que era una pena no tener más dinero
para salir de fiesta al día siguiente.
Algún día tendría que buscarme un empleo
como aquellos sucios obreros
que cuando yo me acostaba
empezaban su jornada
con la polla bien dura.



Talita cumi

ahora que el silencio te envuelve por dos veces en sus alas como un manto

Olga Orozco

Al fondo del jardín, después de los helechos y la maleza, y las flores silvestres, hay una calle inmensa. La noche se vierte sobre ella como un líquido tibio. Lo cubre todo, semáforos, buzones, estaciones de metro, la caseta del estanco, peldaños, barandas. Sobre el asfalto avanza un barco tripulado por fantasmas. Le suenan las tripas. Le crujen los huesos. Le duele la quilla. Ahora que todos duermen, he salido a la cubierta a decirte que la noche es por fin para nosotros, aunque nos la vaya robando poco a poco el reloj. Aunque se caiga al vacío como las horas. Aunque al rededor los otros muertos nos miren como se mira un texto escrito en una lengua desconocida. La noche ha venido a salvarnos de este motín de ejes torcidos y radios oxidados, y neumáticos incendiarios. Y es posible que al final de la calle haya un malecón, con un banco muy al borde para escuchar con calma el vinilo de las olas. He salido a decirte que aunque el viento nos traicione en las curvas —viento alevoso de esta noche de septiembre—, creo que al final de esta calle el océano lanza al aire el sonido de su surco infinito. Las estrellas se abren paso a duras penas a través de la luz radioactiva de la ciudad, y nosotros dejando atrás ánforas, archivos, correos perdidos para siempre en un silo de datos. He venido a decirte que creo que al final del mar hay una playa, una cala solitaria y hermosa como la luz de un faro encañonando a un petrolero, como un balón deshinchado en el patio de un colegio. Y que es posible que alguna deriva nos acerque a su orilla si conservamos los cabales, si la manada de caballos salvajes que nos salva de la locura no se desboca definitivamente por el precipicio. Al final de la playa, lo presiento, hay un jardín, con una mesa y dos sillas. Y también hay algo de comida y de bebida, y está amaneciendo porque ya no será necesaria la noche. Pero ahora estamos aquí, en este barco inmenso que avanza lento por el asfalto. Y nos quedamos en silencio, callados, en la cubierta de estribor. Las luces de Madrid nos guñan. Sólo tienen ojos para el olvido. Y ya no sé cómo va a terminar este viaje. “Pero otra vez te digo, ahora que el silencio te envuelve por dos veces en sus alas como un manto: en el fondo del todo hay un jardín. Ahí está tu jardín, Talita cumi.”

Crisis

Es posible que la crisis sea
una bendición auténtica para algunos.
Y no me refiero a esos jodidos empresarios
que hieden a codicia y egoísmo,
que desayunan codicia y egoísmo,
que tienen el blanco de los ojos
amarilleado por la codicia y el egoísmo; ni tampoco
a los tristes obreros que tragan todo
como actrices porno,
sin decir ni mu,
qué va:
me refiero a esas pocas personas,
a esos chicos de mueca cínica que
a partir de ahora
van a darse cuenta de que el mundo en el que viven
y la oferta de productos que despliegan a su alrededor,
y el catálogo de comodidades,
y el de esnobismos,
de modos burgueses,
de dietas burguesas,
no les importa en realidad una mierda,
ni una mísera mierda,
a pesar de que sus amigos y seres queridos
sigan dando el coñazo
con miles de mails
en los que piden
que los banqueros paguen la crisis.

Perdición

A Vicente Muñoz

Lo más hermoso del mundo es estar asalariado,
levantarse temprano y fichar, cinco minutos antes de tu hora,
beber un café de máquina.

Decir hola al mundo, estar agradecido
por otro día que amanece,
aunque sea un día nublado.

Escuchar a tus compañeros que hablan
de reproducirse, de hipotecarse,
de perpetuarse en su trono de mierda.

Lo más hermoso del mundo es el menú del día,
leer el *Marca* y beber una copa antes de regresar al trabajo.
Es un jefe que te mira resignado
porque él también es un hombre triste.

Volver a casa cuando aún no ha anochecido del todo,
ponerte zapatillas,
cenar cualquier cosa
y hacerte una paja memorable
con el porno gratuito
de alguna televisión local.

Es hermoso también cuando te tumbas solo en el sofá
a escuchar la pelea de los vecinos.
Y te sonríes porque algo bueno te pasa,
una idea en la frontera confusa del sueño,
algunos versos que prefieres no llegar a escribir
y decides olvidar porque serían tu perdición.

Lo más hermoso del mundo es estar integrado.

Jorge Barco

Salamanca, 1977

Busca en tu interior (A modo de poética)

*Busca en tu interior y sin que nadie se entere
cuéntales cosas que ya conocen,
como que una vez saltaste por la ventana
cuando entró en la habitación su novio.
Diles cosas que hayan hecho y que hayas hecho.
Así te leerán, porque sin darse cuenta
se estarán leyendo a sí mismos.*

Jorge Barco. Ha publicado los cuadernos de poemas *El rastro de mis lágrimas* (Aedo, 2000) y *Recuerdos de lo mío y de lo ajeno* (Cuadernos para Lisa, 2000). Con el libro *Algún día llegaremos a la luna* (Fundación Jorge Guillén, 2008) obtuvo el premio de la Academia Castellano-Leonesa de Poesía. Sus poemas han sido traducidos al alemán.



A mi perro

Arrastras esta hoja con los dientes mientras cuento
que te has portado mal y tú lo sabes.

No pido que comprendas las materias
de filósofos y genios elocuentes.

No aspiro a que te creas que hay un dios
y comulgues con la fe en la que he crecido.

Quizá nunca distingas los conceptos de izquierda ni derecha
ni qué es sentir amor.

Me conformo, querido Goya,
con que no te mees en el sofá, en las alfombras,
en el suelo de la cocina,
o cualquier lugar que encuentres
menos en los que te hemos asignado.

Tú no lo entiendes.

Tú sólo entenderás por nuestros gritos
que en casa tienes que ir a los periódicos
y que la calle es grande y tienes ancho mundo.

Si yo pudiera, si me dejaran
mear sobre la prensa diaria,
salir a la calle y cagarme en el mundo,
si yo pudiera, querido Goya, sería feliz.

Tú no me entiendes.

No sabes la envidia que te tengo.

Malabarista

Cruzas 3 pelotas en el aire
cuatro pelotas
y de repente, de la nada,
ya hay 5 pelotas

que dan vueltas con tus manos
ágiles. 6 pelotas. Malabares
de alto riesgo.
10 pelotas.

37 pelotas.
Y ya me cuesta hasta llevar la cuenta.
Y sigues
con 94 pelotas

dando vueltas en círculo,
y tú, la vista al frente, como si nada,
sin apenas esfuerzo
y el resto acojonados al mirarte,

y tienes ya en el aire cerca de 200
pelotas
girando
a tu alrededor. Casi ni se te ve.

Y terminas el número controlando
el giro de 341 pelotas.
Saludas.
Gritos. Euforia y aplausos en la grada.

Para el siguiente número
anuncian a los payasos.



Sale uno y toca una bocina.
Carcajada unísona del público.

Sale otro payaso y pisa al primero
con sus enormes zapatos. A los 10 segundos
de humor ya nadie te recuerda,
malabarista.

Un poema breve

Estoy tan cansado que éste será un poema breve.
De hecho, no sé por qué me he puesto a escribir
a punto de agotarse otra apenas provechosa madrugada
cuando debería haberme ido a la cama
y soñar, mientras descanso, que estoy aquí sentado
escribiendo un hermoso poema, largo, de al menos
ocho horas ininterrumpidas de silencio,
uno de esos pocos poemas que me hacen sentirme feliz
y que siempre son escritos por otros poetas
mucho más feos que yo, pero a los que odio igualmente.

Podría estar soñando ahora mismo un poema por ejemplo sobre París,
(un poema hermoso, más de lo que sería estando despierto)
e incluso soñar que me encuentro en París escribiendo el poema,
concretamente en el café Les Deux Magots,
y que en mi mesa está sentado Baudelaire, al que conozco de toda la vida,
y me contempla mientras escribo, en admirado silencio,
y noto su envidia hacia mi arte nuevo,
y lo termino y se lo enseño (queda mucha noche
y mucho sueño por delante, puedo escribir

más desde París, puedo escribir en sueños
todo un libro en una sola noche), y Baudelaire lo lee con calma
y luego me mira a los ojos y me dice:
Nunca llegaré a escribir tan bien como tú.
Te lo mereces todo, todos los premios del mundo, todas
las mujeres del mundo deberían ser tuyas. Eres un puto genio.

Pero ahora estoy despierto y muy cansado, fumando sin parar,
y sólo trato de escribir un poema breve, mientras sale el sol,
justo antes de irme a la cama,
porque nunca recuerdo mis sueños
y podría escribir el poema más hermoso de la historia
en París, en 1853, con Baudelaire contemplándome
admirado, y sería feliz, y pasaría a la Historia
de la Literatura de mi subconsciente,
pero nunca podría compartirlo con vosotros.

Señales de humo

Puede que baste un verso,
tal vez un poema,
quizás un libro,
a lo mejor mis obras completas,

para mostrar el asco que me da el haber nacido

en este planeta
en este continente
en este país
en esta ciudad
en este cuerpo.

Susana Barragués

Bilbao, 1979

Poética

Sólo conozco un poema: las manos de mi madre. Pues la poesía únicamente es decisiva cuando transporta vida en estado puro, sin que el imperfecto ejercicio consciente la pulverice y reduzca a esa pasta grumosa y sin cohesión que pudiera, acaso, sugerir apenas un poco de su aroma (quiero decir con esto que la vida supera, vence, se desborda, sobre el acto poético). La primera seducción poética, el primer raptó, llegó a través de la voz de mi padre. Después fue todo lo demás. Mi sensibilidad se educó en la observación de las sábanas tendidas de los patios obreros. Su belleza era sensual, desbaratadora y aérea, y la imposibilidad de retener tanto derroche producía en mí la misma cólera que la que produce la visión del ser amado, esa mezcla de terror y júbilo que nos provoca la primera experiencia estética. No había rastro de vida en aquellas plazas de hormigón, de ahí esa herida que todo signo de latido me produce. Ese dolor purísimo.

Comenzando por el sencillo gesto de ofrecer el rostro a la ventana abierta. Esa sustancia en mis dedos, en mi boca, en mis labios, ¿qué es? Las fuerzas que se ponen en movimiento dentro de un beso, ¿cómo se formulan? Ese sentirse bajo un beso como un ganso recién nacido, mojado en la sustancia de huevo de la que nace. Algo se abrió en mí el día que conocí la soledad en la crueldad brutal de las cocinas, niña castigada durante horas frente a un vaso de leche. Allí, frente al abismo de la nada, vomité los pájaros que pueblan el mundo. Volé sobre los árboles del gozo.

Susana Barragués. Licenciada en Ciencias Ambientales (Universidad de León, 2001) y en Humanidades (Universidad de Burgos, 2006). Ha recibido, entre otros, el Premio de Letras Jóvenes de Castilla y León, el Premio de la Academia Castellano Leonesa de Poesía, el Premio Francisco Ynduráin a la mejor trayectoria literaria joven, el Premio Ana María Matute de Narrativa Corta y el Premio Nacional Injuve de Poesía. Ha publicado el libro de poemas *Los hipódromos del corazón* (Fundación Jorge Guillén, 2002), *La campesina fascinada* (Injuve, Ministerio de Igualdad, 2007) y el libro de relatos cortos *Los ladrones de cerezas* (Fundación Bilaketa, 2007). Durante los últimos años ha desarrollado su labor profesional como analista de vientos para el desarrollo de parques eólicos, impartiendo además los talleres de creación literaria de la Fundación IPES Elkartea de Pamplona. En 2009 fue becada para realizar un posgrado en Escritura Creativa por la Universidad de Nueva York, ciudad en la que reside actualmente.



Todas las cosas imperfectas

Todas las cosas imperfectas, el diente torcido, el zapato que cala, la leche que cae, las costuras, el guante perdido, la mora que explota sola antes de tiempo, en mitad del vacío.

Los adoquines sucios, las palomas sucias, los cuerpos sucios, las alambradas, las coincidencias, las aproximaciones.

La entomología, el cuerpo del hombre dentro del agua, los tendidos telefónicos, el besugo, el beige.

El metro, el centímetro, el milímetro, lo extraordinario, los decálogos, los cómputos, las colecciones inútiles, la levadura, los bultos.

Los letargos, las lechugas, las tentativas, lo insoluble, la desalación del agua del mar, el grito ¡suéltame!, el desorden.

Las vértebras, los versos, las berenjenas, los oculistas, las instrucciones de las lavadoras automáticas, el cuerpo de la madre.

Los días, el dolor, los lunares, el amor, la confusión del amor, el embrollo del amor, la maraña, el revoltijo, lo que yo te pedía y tú me diste, el tropezón, la obsesión por lo perfecto.

Todas las cosas imperfectas o la promesa de que no nos separaremos nunca.

Espejo en el espejo

Hay una mujer, junto a siete personas que hablan de *la estructura de la microeconomía*, que mira por la ventana, que parece ausente, que parece que sale fuera de sí misma a pensar en un helado o a pisar la hierba o simplemente a observar a una mujer callada, mirando a la ventana, entre un grupo de gente que discute sobre *la estructura de la microeconomía*, que parece tan ausente, que parece que hubiera salido de sí misma para pensar en un pájaro o en el dedo del pie o simplemente para escuchar una conversación entre ocho personas sobre *la estructura de la microeconomía*, donde una de ellas, mujer ausente mirando a la ventana, sale fuera de sí misma, y antes de irse para siempre mira y me ve, mujer tan ausente, perdida de sí misma, pensando este poema.

Flecha

Tres reclamos cortos de lechuza: (1) hu, (2) u-hu, (3) ¡u-u-uh!

En cada llamada hubo un aviso de verdad, alguien va a morir, favorable oscuridad trae la noche, voces humanas se aproximan, silencio.

“¡Se ahorcó la yegua!” Mi madre y la abuela ululan desde los montes, modulan el grito para que vibren las sílabas, pronuncian la o como u para que el aviso llegue más lejos: “¡Se ahorcú, se ahorcú!

“¿Qué comeremos?” En Cogullos sólo crece el hielo.

Una acícula de pino cae al suelo. La abuela gira el cuello, dirige la escucha, enhebra una aguja de cobre, humedece el hilo con los labios. Por su afinado oído, la lechuza sabe que hacia su corazón vuela una flecha. Abre las alas, se lanza al suelo.

Hasta el sonido de una aguja que se quiebra puede oírse sobre la nieve.

Sinceridad de la escasez

El mundo no debería
olvidar tan deprisa lo que era,
un lugar con mucha gente reunida
en torno a una mesa, con un gato
muy flaco que tiene miedo
de caer en la cazuela,
donde todo era poco y lo poco
además era escaso.

La casa olía tanto a humo, dábamos gritos, ¡aplausos,
aplausos, que viene el postre! ¡Tía, di la lección
de geografía! No, ¡sí! Y la tía recitaba
los pueblos y montes del mundo sin respirar.
No había salido
nunca de allí, de una aldea remota
de Burgos, y sin embargo
sabía qué ríos pasaban por Turkmenistán.

Aquella chimenea
siempre echaba el humo del revés, reíamos
y tosíamos del ahogo, reíamos y
tosíamos y cantábamos.

Sólo teníamos
una ventana, un agujero
por el que entraba un poco de luz
y volando se escapaba el gato
que sabía que lo que cae a la sartén
va de la cocina al plato.

La eternidad

En la eternidad estaremos
sucios y tendremos frío. Así es
como será. Además
nos encontraremos y seremos
un manojo de huesos, algo seco y crujiente
que salta por los aires al contacto como cáscaras
de pipa. No sé si alguien
imaginó la temperatura del cielo pero
yo la imagino, es un lugar que arde
muy cerca del sol, parece que quema
pero nos sentimos sucios y fríos,
sucios y fríos, y tenemos un ribete
de hielo bordado sobre las pestañas
y el vello de los brazos.

La eternidad es un lugar peligroso,
donde los nombres se deshacen
como un lazo por detrás y por delante,
hay muchas rocas y guijarros pero
fíjate lo que ocurre si aprendes a domar
el poder la palabra:
se puede decir también
“en la eternidad habrá cerveza fría”. Sólo es
un verso sin importancia y sin embargo
no hay nada que no permita
incluirlo en el poema, fallos en su lógica,
ruptura con la estructura
general simbólica anterior. Y así es
cómo será.

Juan Cabárceno

Burgos, 1988

Buscando una poética

La poesía siempre está donde nadie la busca, donde nadie la molesta. Las bibliotecas me interesan, pero me atraen más las gasolineras —o la idea de las gasolineras—, los kilómetros deshabitados de la meseta castellana. Aquí, en Burgos, hablar de poesía es hablar del frío. El frío institucional, el frío literario y el frío que se desprende de la quietud. Si la poesía está donde nadie la busca, en esta ciudad está la poesía. Yo, personalmente, creo que no. Pero en algún lado tiene que estar, y por eso escribo. Por eso la busco.

Recordando una felación adolescente

Carmín. Toy Story. ¿Y tú qué quieres ser?
Viajar en autobús era una experiencia.
Y la sierra estaba nevada pero no había nieve
suficiente sobre las pistas.
Macarrones otra vez pero nada importa.
Es el momento más puro, cinco mil pesetas
pueden llevarte al final de los días o a Barcelona
si todo falla.
Viajar en autobús es una experiencia y
el amor es sólo lo que uno quiere que sea,
y el amor es sólo lo que dicen las revistas
y la música no tiene por qué ser independiente
y las grandes multinacionales nos gustaban.



Juan Cabárceno. Licenciado en Periodismo por la Universidad de Navarra. Ha vivido en Praga y en Londres, donde fue miembro del grupo de teatro experimental FEAR (Fellow Artist). Como dramaturgo ha escrito varias piezas cortas —interpretadas, en la mayoría de casos, por FEAR— y como poeta es el autor de *Achtung!* (inédito) y *Tribu* (inédito). Es el coordinador de la revista de cuento literario *BRV* (*brave & breve*).

De lo bueno lo malo

*Sólo así podían conseguirse que la voz por un lado
y la imagen por otro adquirieran, cada una, un valor autónomo.*

Xavier Rubert de Ventós

Es una habitación.

Es una habitación desangelada, sola, una habitación en llamas
que se propaga, que quema al fuego, que apaga el agua,
es la habitación del crimen, una charca de motel
con nombre de diosa en la A-62.

Fango entre los dientes.

Es allí donde follan las prostitutas, las mujeres, las hermanas,
las hijas y las novias despechadas o a punto de despechar.

Y es el lugar más hermoso del mundo.

Y es el lugar más solitario del mundo.

Y tienen las cortinas manchas de semen verde,
y pintalabios, y debajo del armario vacío hay una nota de suicidio
que nadie leyó jamás, menos el interesado.

Y eso sirvió de poco.

Es un espacio sin trincheras, es un espacio que nada tiene que ver
con la libertad, con los padres de la patria,
con las cosas que nos hicieron estudiar los curas y los huesos de las cunetas.

Es sólo una habitación de motel, caro por lo demás,
donde copulan las putas y los adolescentes
despiertan a la vida con un esputo parecido a la esperanza.

Generación sacrificada

(a Houellebecq, sin abrazo)

Asunto asqueroso pertenecer.
Ser por descarte, comodín, nueves y ochos —no
barajes así que te las cargas—.
Hace años que no se fuma en la cafetería de la facultad.
Cada vez hay menos repetidores.
Se pierden los valores
o se recargan.
Los teléfonos son, hoy en día, una inversión más sabia
si llega a compararse con la amistad.
Nosotros venimos del cuero,
del rocanrol incompatible con el politono.
Esbirros cerveceros, cambia de acera
que ha llegado a tu barrio la sombra del fracaso,
el enemigo acérrimo del Corte Inglés.
La Generación Sacrificada.
Los de la mirinda, los de la aceituna, los del palillo
y los del celta,
los de las cosas que recuerdo y no te creerías y déjame
en paz niñato, que yo soy joven,
que yo soy joven contra la voluntad de la tele,
contra los retrovirales,
contra todo lo que significa la red social.

Tras un viaje al Burgo de Osma

¿Dónde estabas, Claudio? Dónde estabas cuando salimos del bar, y hacía frío, y alguien dijo que ya no habría ningún sitio

—ya no queda ningún sitio para nadie—
y volvimos a la casa, rodeada de otras casas sin techo, muros erectos contra nada, contra nadie
y que tardarían, sin embargo, mucho tiempo en caer todavía.

Muros de adobe, muros de mierda como dijo Laura, quien, por cierto, no quiso acostarse conmigo pero accedió a enseñarme un pecho porque le dije que yo era, después de todo, un hombre lisiado, un demente,
una persona que sólo era feliz embriagado por la casuística, un tipo que leía a Claudio Rodríguez poco, que apenas pasó por la universidad
y un hombre, en suma, capaz de amar el adobe con el mismo estupor que luego, entonces,
mostraba frente a ese pecho blanco, frío,
demasiado lorquiano para ser poético.
Demasiado hermoso para aquella tierra de Osma.

Andrés Catalán

Salamanca, 1983

Poética no poética

Escribir un proyecto de definición de la propia poesía —eso es una poética— con solamente un libro publicado y un puñado de poemas dispersos por media docena de revistas es el mejor ejercicio de desafío al sentido común que se me ocurre. Soy, además, un malísimo exégeta de mí mismo, quizá porque mi profesión me obliga a ser un buenísimo (o intentarlo) exégeta de los demás. Con esto quiero decir que ni sé por dónde va mi poesía ni me importa demasiado: muy posiblemente, si lo supiera, no escribiría más. A este lugar ya común puedo añadir tres cosas: que me interesa el cambio (no escribir dos libros que se parezcan), que ante todo me obsesiona el trabajo de la mirada sobre las cosas y que concedo muy poca importancia a la figura del Poeta, yámbico, mayúsculo y aureolado. En mi caso, vida y poesía conviven diariamente, a veces se molestan, pero casi siempre saben bien el sitio que ocupa cada una.



Andrés Catalán. Es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca, donde trabaja en la actualidad en su tesis doctoral sobre las relaciones entre la poesía y lo visual. Trabaja ocasionalmente como profesor de Literatura para alumnos extranjeros. Es autor del libro *Composiciones de lugar* (VI Premio Félix Grande, 2010). Ha publicado poemas y crítica literaria en revistas como *Clarín* o *Nadadora*; ha traducido a los poetas estadounidenses Wallace Stevens y Robert Frost.

Pasar por el amor

Pasar por el amor como quien piensa
despacio en un poema: como quien llega
desde las tenues afueras de uno mismo,
desde un suburbio de adelgazada sangre,
y va hacia los jardines,
y acaba sobre el mar, y el mar se vuelve,
y el mar se va marchando con la fría
o incauta melodía del tiempo, y todo ha sido
un cabello de árboles estrechándose al sol,
y comprende un instante la belleza:

pasar por el amor como quien se sucede
en unos versos. Como quien antes
de hacer el equipaje entiende su regreso,
y lo acepta sin más,
y escribe su poema.

Gran Vía, 1974-1981 (Antonio López)

Indiferente al lienzo, la luz que busca
no acaba de acudir esta mañana.

Tiene veinte minutos. Después
un tono diferente tomará
el baile de los grises, las aceras,
el juego de fachadas. La distancia.

Es paciente.
 Ha dispuesto su lienzo en la mediana.
 Algunos coches pasan.

Es temprano.
 Enciende un cigarrillo. Comprueba
 de nuevo la textura, lo aceitoso
 del óleo en la paleta.

La noche que se arrastra va dejando
 los colores. Quitando sus andamios,
 dejando que la luz
 descifre los perfiles, inunde la distancia
 y sus huecos de humo y de carteles.

Un guardia pasa.
 El silencio lo rompe una sirena.

Última tecnología del sonrojo

A juzgar por los *graffiti*
 cubiertos de ceniza de Pompeya,
 escritos en el siglo
 primero de nuestra era,
 por un soldado o su mujer o su sirviente,
 y este mensaje tuyo en mi teléfono
 con batería de litio, cámara
 de alta resolución y texto proyectivo,

cabe pensar que nada
 ha cambiado el amor en dos mil años:

la misma noche ociosa y dos personas
con alma parecida y las palabras
que invitan a olvidarse de igual forma
del tiempo en otro cuerpo,
en otro idioma.

Los poetas están en las ventanas (Nerón en Roma)

*Los pájaros están en los árboles,
la tostada en el tostador,
y los poetas están en las ventanas.*

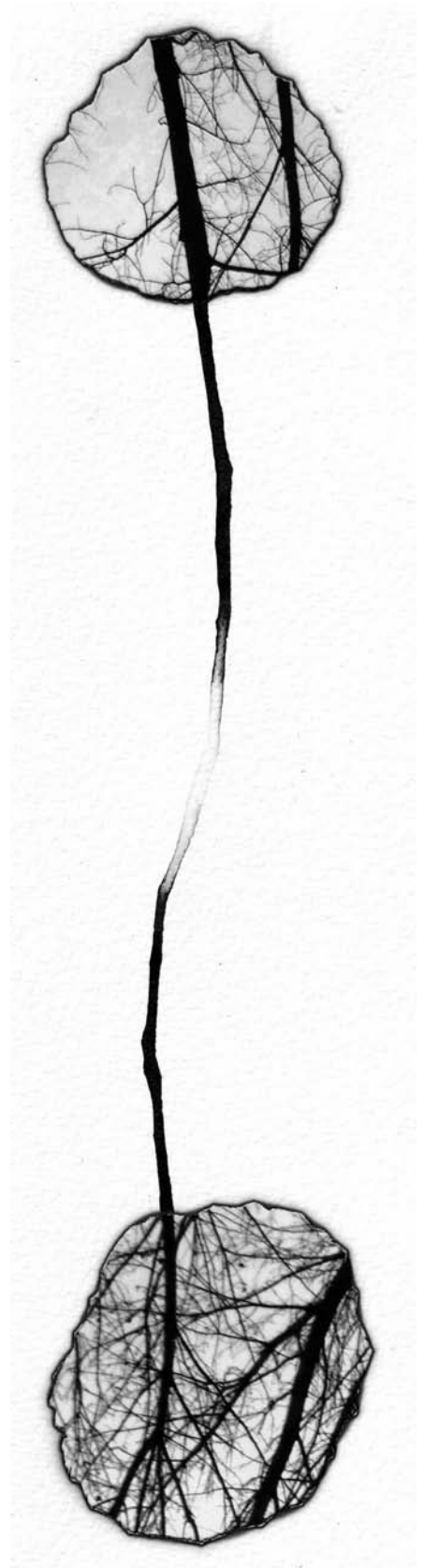
B. Collins

Así que todo marcha. Nada
forma parte de nada salvo el ojo
que guarda para sí banales cosas.
El día da comienzo.
El barrendero atiende a su basura,
el pájaro a su canto, las macetas
atienden a su tierra, el novelista
ignora a su familia y sigue a su tarea.
Todo va sucediéndose sin nada
más. Todos construyen algo
y yo para escribir he de incendiarlo.

¿Arde París?

*Humo son mis obras
ceniza mis hechos.*
Ángel González

Observa aquí: París se está quemando.
Podría ser mil novecientos
cuarenta y cuatro, Dietrich von Choltitz
responde *ja, mein führer* al teléfono,
mira por la ventana, ordena sus papeles,
su tristeza, sus lápices. En la radio
del Reich comentan que en las aguas
del Sena naufragan los amores,
los cuerpos de los hombres que no pueden
ver su ciudad en ruinas. Porque los barrios arden
igual que en la memoria aquel septiembre,
porque el amor, los años, destruyen las ciudades
igual que las palabras derriban lo que intentan
definir. Mira:
se ha consumido París en el poema.



Luis Llorente Benito

Segovia, 1984

Poética

*Una mirada al mundo desde la emoción contenida por un filtro de literaturidad, o no.
Escribir como talar un árbol o como sacarse un insecto de la boca. Como digo en un poema:
La escritura mineral no tiene límites. / Lo importante es la raíz que se levanta.*

Eres un sueño

Eres un sueño.
Yo un tigre llorando.
Ella una habitación vacía,
un reloj atravesado en la garganta,
y se cubre de niebla la memoria, y sordamente escribo
con el pulso desatado,
y vienes tras la noche apresurada,
y extrañamente desmedida, y escucho el fuego
de tus manos en mi regazo árido,
en mi cabaña muerta y de silencio,

y el mar tiene todos sus barcos hundidos
y yo estoy en mi blanca habitación vacía.

(de *La mirada ebria*, inédito)

Luis Llorente Benito. Estudió Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca. Ha publicado el poemario *La rutina de la nieve* (Huerga y Fierro, 2010). Es autor de muchos otros poemarios, inéditos, de los cuales uno está pendiente de publicación. Una selección de su etapa poética de 2003 puede encontrarse en la web posei.as. Sección Autores siglo XXI: Luis Llorente Benito.



Un teléfono...

Eres el dios reciente y amarillo.

Alberto Girri

Un teléfono sonando en el vacío
 es el enjambre más preciso de la muerte.
 O la vida que desata su indecisa permanencia,
 su celeste aurora
 restallando en los metales oxidados
 como dientes ácidos
 clavándose en la lluvia.
 Solemne nitidez de la memoria
 disparando espejos en la ciudad vacía,
 donde el cuerpo nace y se acuerda de la tierra.

Los que conocen
 el fulgor de esa palabra
 han mirado más allá de las ruinas,
 han visto madrugadas llenarse de raíces,
 y los ojos afilando sus cuchillos,
 y la vida rebuscando en sus refugios:
 la celeste aurora
 de nuestra desolada podredumbre.

(de *Casa muerta*, inédito)

Ilumina...

Ilumina palabras esta nube,
inmensa lengua que profana.
Lengua larga de la tarde.
Flor desenvainada, árboles antiguos.

Son criaturas en la aurora. Aleixandre
entregada tiene su mano.

Cernuda en Ciudad de México
escribe un verso en este instante.
El océano Pacífico es demasiado triste, para él y para todos.
Su muerte en el D.F. se extiende hasta Acapulco.

Un poeta debe conocer su cuerpo.
Un poeta debe no ser recordado.
Un poeta debe
conocer las leyes implacables,
caer en la desgracia,
sepultar sus versos
y renacer desde el olvido.

Escribir para la inmortalidad
desde instantes inmortales.

Caminar bajo la lluvia
como un fantasma.

Tener su casa aquí,
nombrar la noche y el poema,
apagar su sed y reafirmar sus desperdicios,
encontrar los papeles que hablaban de la aurora,
inventar una mirada triste,
posar con su noble calavera,

parecerse al fuego,
leer bajo la lluvia con la lámpara ebria,
murmurar la oración del despertar,
desnudarse ante el asombro,
profanar sus propios ojos en espejos alterados
por estados alterados de conciencia,

tomar café con lluvia y sin azúcar,
encerrar sus manos en la noche,
escribir en los instantes olvidados

para que un lector, cincuenta años después,
olvide cada verso en un instante.

Qué poema...

Amor, terror de soledad humana.

Luis Cernuda

Qué poema es éste. Cuántos he dicho
para tiritar, para salir, para cerrar el frío
y esta casa de recuerdos áridos.
Profunda la memoria canta, se abre aquí
su nombre
y este surco me recuerda a otro lugar,
a otra casa, a otro cuerpo.

Era otro poema
dictado por la misma luz.

Un poema distinto tras las cortinas antiguas.

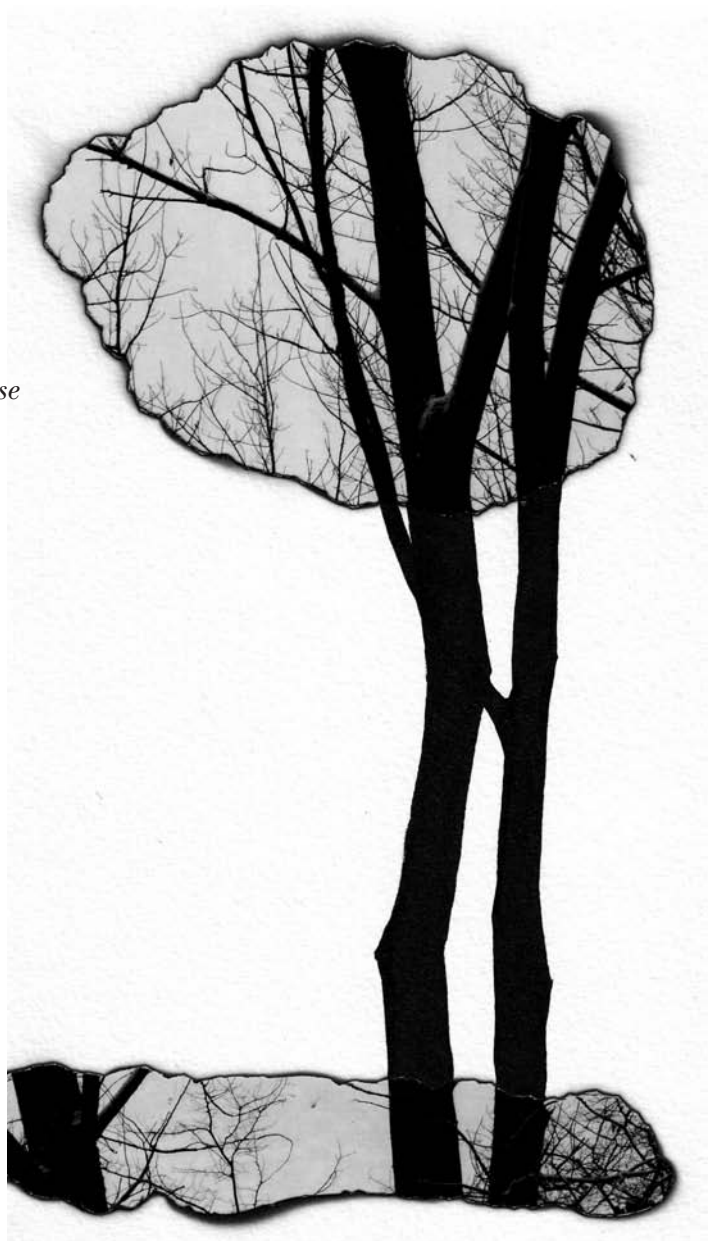
En esta casa el llanto se dibuja
en sus paredes agrietadas,
y tiene su olor
otro silencio desgastado.

El polvo en la madera,
los años van royendo dulces a su oído,
y quién se esconde
en el rellano, quién oculto en la escalera,
qué sueño se desteje
para mirar el agua en estas manos frías
—región sin nombre, desolado páramo—,

qué ojos los del tigre aletargado,
en el césped marchito de ponientes afligidos,
su lugar más ebrio y desolado,

alto el desierto en la llama que estremece,
oyendo estoy a la espuma como garganta quejarse

y tú sólo vienes en el sueño
como diosa ebria.



Pablo López Carballo

Cacauelos, León, 1983

Fragmentos de una poética

***Alterar:** Me molesta escribir porque me excita. Comienzas a sentir demasiadas sensaciones estúpidas y corres el riesgo de escribirlas. / **Anunciar:** Hacer visible lo invisible sin dejar de ser invisible. / **Añascar:** A menudo se confunde con la mística al acto más terrenal de todos, mirar. / **Aparecer:** El paisaje no es un objeto, ni es cuantificable, ni tampoco asible. De no haber algo oculto, no lo conservaríamos, no estaría aquí. Siempre hay algo oculto que no logramos ver. / **Arañar:** Apartamos la vista sin percatarnos de que el peligro se debe descifrar. Tras la apariencia se oculta lo desconocido e, incluso, lo mortífero. / **Arder:** ¿Para qué mirar, si no es para quemarnos los ojos? / **Aspirar:** Lo que no podemos entender o derrocar lo aspiramos, bien para atisbar comprensión, bien para quitarlo de delante. Tratar de desmontarlo o destruirlo requiere más esfuerzo: ahí va la poesía. / **Atizar:** Nunca tomar la voluntad por acción.*

Fisura

La pintura rota en los labios
 agrietada en los ojos.
 El mundo había cambiado de paisaje; lo dibujas a mi lado
 y me sorprende su negación en la ventanilla.
 Lo que vemos persigue su destrucción. Esparces las raíces de túneles
 como sujeciones. No sé si el escroto aguantará el peso
 del párpado en la llanura.

Lo que dura la luz, lo que tardas en volver.

El vidrio en bocanada hacia la mortaja. Pero también encajar el aire en la patética imagen de ídolo; la cabellera y su movilidad de cíclope. Me cambio por ti en el descenso. Apoyado en el péndulo, oscila y me salva, oscila y me sumerge. Perdidas las cuerdas, amarre terrestre frente a lo hostil. Esperar algo con los ojos, como se quiere, recortando, sin desprecio. *Movimiento: trato de averiguar si cambiaste de posición o de siglo.*

El deslinde es circunstancial, una marca para que serpenteo el sol. Niegas lo evidente. Siempre se niega lo evidente por falta de pruebas. Las leyes no funcionan, algunas me sirven para decir *cafetera, surtidor, naturaleza*. Dividir lo homogéneo en lugar de entenderlo. *Me muevo, trato de averiguar*. Las nubes también se mueven y al revés: la rotación. Necesitas oírlo para que sea legible. Golpeas la central eólica. Querías cortar el aire, ser tajante después de girar, apenas tres movimientos y subía el vaho del asfalto. Trazas una diagonal, un pájaro de sentido sobre el aspa. Afónica comes manzana. Tocar la tierra y su orientación. Los ojos siguen del matorral a la ladera el vuelo. En la niebla, destellos de una habitación casi a oscuras.

(Inédito)



Pablo López Carballo. Ha publicado el libro *Sobre unas ruinas encontradas* (La Garúa, 2010) y los cuadernos *Viandante* (Ayuntamiento de Sevilla, 2004) y *Cámara de mano* (JCyL, 2009). Ha recibido varios premios, entre los que destacan el Letras Jóvenes Castilla y León 2008 y el IV Premio Internacional La Garúa. Ha colaborado con relatos, poemas, reseñas y traducciones en las revistas *Quimera*, *7de7*, *Deriva*, *Letras libres*, *The Barcelona Review* y *La hamaca de lona*, entre otras. Desde 2007 es codirector del Espacio de Crítica Afterpost.

Estampa I

¿Amanece?

Solar el terreno.

Baldosa y azulejo separan

el gesto
sicalíptico
de la mano. Mirar sin ver,
desconocerse.

La pintura en el vivero rinde cuerpo y se dispersa.

Los detalles luego:

giro de tronco o de muñeca,
nadie más escondido entre la hierba.

Fue aquí, junto a ese árbol. Las ramas parecieron abrirse, sí, fue en ese momento. Después las ramas parecieron cerrarse. Ahora es lo mismo pero con nieve. Disolución para pinceles.

Los días de simulaciones lingüísticas

se vuelven uno

como un guante. La ciudad agreste

cruzando la pasarela: igual que anotar los campos.

Sobre el televisor el catálogo de árboles, más abajo

la tierra y su supuesta autonomía de fruto. Cambio de canal

como remontando un río. Ya sólo se hacen cosas

no se describen.

Cultivamos lo desconocido por miedo a perderlo,

surgió un mundo y nos quedamos sin dedos para señalarlo.

Sujetar por igual una flor y el espacio,

cada uno en una mano. Pasan cuerpos,

ya hombres, que se proyectan: diapositivas sobre el cuadro,

¿mirar es proyectarse?

Las sombras previenen el movimiento.
Todavía el blanco entre las manos,
el afuera que no nos pertenece.
Voluntad sin espacio.
Crisantemos
tuétano
todo ocurre ya a destiempo. Nadie ha visto nada.
Nuestras iluminaciones son ruedas.
Distinguir voz.
Discriminar voz.
Diferenciar.

(Inédito)

Más allá de lo que nosotros contemplamos

Apoyada en el quicio del espejo
la bañera es un hangar.
Deshacer la espera es derrotarse.
Deja correr el agua no me preguntes
el porqué del tacto dime por qué
temo ser infiel al futuro. Dime la solución.
Oquedad del mar, hogar de tinta blanda
en la planchada.
A través del vaso diez años de luz
en las muñecas. El océano
son atabes. Asómate a mis uñas
precipicio.
El descuido en grados de abertura
el ritmo y tus labios se caminan.

(De *Sobre unas ruinas encontradas*, La Garúa, 2010)

RIESGO del tocar
 destronando lenguas
 con vagos signos.
 Escarmiento de líneas,
 aquí estás
 a un paso del engaño,
haré un poema de nada
 cuando todo esté.
 Está bien que vuelva a ser
 distinto. Distráido,
 saludando, la mano
 al bolsillo
 saco granizo y mondas,
 posos de escucha
 de la línea alterada.
 —*Auf widerhören.*
 —*Auf widerhören.*

Rechazado,
 maleza y brida,
 grito de callejón,
 que venga de tu mano,
 as de guía,
 hacia otra cosa.

(Inédito)

MIRAR HACIA dentro del poema
 hacerlo tropezar eso es vertical
 o casi. Levantarlo montañoso
 sobre el desierto montañas
 quizá cordilleras parece fácil
 cartografiarlo pero pronto
 se diluye se inunda
 y eso será lo complicado: distinguirlo.
 Volarán los pájaros
 sin ramas. Pájaros, en definitiva
 como poemas, en vuelo.
 Una fuente con agua pero sin fuente
 la luz es un ovillo.



Andrea Mazas

Salamanca, 1981

Poética

“Dentro de mí hay otra que grita en mi silencio.” No sé muy bien quién escribe cuando escribo. Tal vez sea ella, porque yo suelo quedarme en blanco ante el papel en blanco. La otra no tiene pudor. A veces ataca, aunque casi siempre es consuelo. Suele llegar al acabar el día, porque la noche se desviste de belleza y trae la realidad desnuda. Durante el día la voy rompiendo, la dejo morir para resucitarla levemente en un atardecer y sentirla viva de nuevo cuando no queda rastro del día pasado. Llega entonces el silencio. Con el silencio, el más pequeño de los dolores y la más inusual de las alegrías se agudizan, toman forma y su olor despierta, una a una, todas sus voces. Hablan ellas en el papel y dejan su presencia detenida en un espacio infinito ante la realidad desnuda. Después ella duerme conmigo. No sé muy bien quién sueña cuando sueño. Tal vez sea yo.

Origen

Soy la ofrenda de aquella noche,
retrato y flor de aquella muerte:
él la desnudó con dedos de carbón
(ella aún tiene el sexo tiznado),
descubrió el sensual surtidor,
puso un ánfora en sus manos
y bebieron boca con boca
el vino de su placer adolescente.

Todos los sepultureros dormían
cuando bajo una manta,
junto a la vieja chopera,
ellos murieron de amor.

Otro cuento de princesas y dragones

¿Fuese alguna vez
 que una niña quiso ser dragón y
 convirtiendo el fuego en palabras
 alumbrar sus cuevas de silencio?
 Decía la niña dragón
 no tener tiempo para princesear
 en azul o en rosa los sueños.
 Ella dragoneaba un invierno de poesía
 en los refugios de su adolescencia.
 Hubiese abrigado con su rugido
 los versos que aún durmieran
 de haber nacido en un cuento.
 En secreto atendería a la noche
 y, si le dictaba versos a su boca,
 su voz escribiría música
 en las sílabas mismas del silencio
 para poner trampas a la belleza
 que de ella se alejara.

Érase una vez que la niña
 pronunció suave los recuerdos
 que la noche le fue rompiendo
 en versos como espadas:
 el susurro de sus filos
 despertó al dragón
 y ella escribió en su cuaderno:
 “Érase esta vez una niña
 que, convertida en dragón,
 morirá en el último verso.”

Se dice que de aquel invierno
 sólo quedó en algún lugar
 un dragón salvado por un poema.
 ¿Y la niña?
 Nunca más supe de ella.



Andrea Mazas. Poeta, editora y correctora profesional, licenciada en Comunicación Audiovisual por la Universidad de Salamanca. Tras escribir y dirigir su cortometraje *Ángel* (2002), se trasladó a Madrid, donde inició su formación en Edición y Corrección de Estilo. Ha participado en diversos espectáculos de radioteatro como coguionista y presentadora, y como actriz en el montaje teatral *El marinero*, basado en el texto de Fernando Pessoa y dirigido por Óscar Martín. Recientemente ha dirigido la edición ilustrada de *Adán y Eva* (Ediciones Mar Futura, 2010), del mexicano Jaime Sabines. Actualmente colabora con diversas editoriales y participa de forma habitual en recitales. Salvo algunos de sus textos, que han aparecido en diversas publicaciones periódicas, su obra es inédita.



Anohecida

¿Cuándo empezó?

¿Cuándo se hizo la grieta?

Un día me descubrí
el torso abierto.

Vi, al mirarme en el espejo,
que al fondo,

tras la piel,

entre la sangre,

bajo el esternón,

un cielo mordido

se desteñía.

Otro día

me desnudé,

pensando en ti,

y bajo el cielo líquido

que empezaba a verterse sobre el mundo

una máquina de escribir

dejaba márgenes al aire

(situaba un adiós entre paréntesis).

Una interrogación sirvió de anzuelo

y de horca.

Tiró de mí y me sumergió

en la corriente celeste.

Enterrada en mi materia

mi voz fue silencio...

...Después anohecí.

Ventana de terror

Se abre una ventana al terror
y una lámpara de interrogatorio
dibuja un sendero de luz que nada ilumina
sino a un lado sangre, a otro miedo.

Hay un dolor entre dos hombres,
un silencio más hiriente
que metralla de palabras de un verdugo,
y una mirada de odio y vergüenza:
esto es el ser humano.

Un mono miraría indignado
preguntándose “¿En esto va mi evolución?”

Fanatismo y dioses caídos,
mentiras, repudias, odios:
esto trajo el verdugo en su maleta,
en cada destino le espera un muerto.
Necesita un trago más
para hincharse de violencia cada vez.
Glorias y medallas, honores sin honra,
a cambio de la vida que de niño
él también soñaba pero ya no recuerda.
Mientras su uniforme se pudre engalanado
con palmaditas de manos limpias,
una bomba de relojería late
la cuenta atrás de la humanidad.
Estallará cuando ya no queden otros
y la venganza recupere su sinsentido.
Cuando ya no queden muertos
nadie habrá que entienda
que nunca hubo otros.
El mono se alejará de esta terrible ventana
y, desesperado de la evolución,
pensará en su suicidio.

Nadie en el espejo

A Alejandra Pizarnik

Es el rostro de la muerte
el que te mira desde el espejo
cuando piensas que el jardín,
tu único jardín,
estará siempre del otro lado
y tú en éste esperando
a que la vida sea algo más
que lo que va quedando en nada
mientras tallas para nadie, quizá,
los recuerdos de ese nunca
a ratos interminable
que serás tú.

Te romperé el espejo hoy y la muerte
te parecerá que está en todas partes.
No temes porque crees que te llevará
a la orilla oscura de sus flores
para que las huelas y descubras
las mismas flores que escribes
cuando la noche
se hermana con tus palabras
que son tú.

Tiemblas, tienes frío, porque
tus palabras marchitarán su memoria
cuando la noche se vaya de ellas
y el rostro de la muerte se desfigure.
Entonces no habrá nadie en el espejo:
sabrás que las flores eran tus palabras
y tú estabas en ellas.

Víctor M. Pérez Mateos

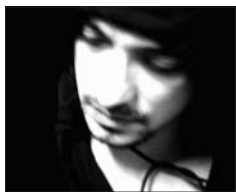
Oviedo, 1978

Poética

El problema de la poesía hispanoamericana es uno, no veinte. Pero gordo; y muy largo.

Quinario de crédito y compañía

Que no quede ni una
Completamente árabe
Mil millas caminando solo
Sólo te preparas para la turba
Muchos años sin perro
Después del Deporte
Pon a tus amigos en el ojo del huracán
—sus impulsos en la viga—
Por la droga siempre has dado
Y darás lo mejor de ti mismo
Manda ahora
tu leona
a cazar.



Víctor M. Pérez Mateos. Aunque toda su familia es de Zamora, nació en Oviedo. Actualmente vive en Aldeaseca de la Armuña, pueblo de Salamanca. Es autor de *Océano llovido (todo según tú)* (Cuadernos para Lisa, Salamanca, 2000) y *Las maestras sumergibles* (Black Hole Poesía, Jerez de la Frontera, 2006). En 2008 participó en el I Campeonato Mundial de Poetas Pesados. Es tetracampeón de ping pong de los Jesuitas de Salamanca. Posee el Carnet C-1.

Los tres investigadores

*You open the door
And step out into the dark. Now I'm ready.*

—solía llegar Pete a última hora puestísimo y nos aperdigonaba desde lejos; nos daba a más de uno, acertaba bastante y luego, a veces, nos perseguía, por acompañarnos, mientras le daban esas arcadas que lo ralentizaban. De eso se aprovechaba nuestra huida cariñosa.

Jupe, un radio de once kilómetros donde los hombres borrachos que quisieran gritar, gritaran; se dejaran. Hoy imposible. Un gesto de... de qué, Jupe? La policía ha llegado, Júpiter, suelta esa cabeza. No es triste.

¿Seré tu dos. La llegada de la paz; firme ahora en los festivales? Jupe, Bob colgado, sus gafas agrandadas.

HACED LO QUE OS DICE:

Mirad desde hoy a Jane Campion al final de la carretera haciéndonos señales dudosas. Señales duras, tal vez. Sólo al conducir adivina. ¿Su alma ha retrocedido? Son muchísimas las coincidencias.

Son millones

A Felipe IV

Pocas

ventanas por las ingles, decididamente,
cuando los delitos, ese día llega, se alzan.

Aplicarse, para ser uno

hasta la opacidad

—hay botones—, o

merecerse un deje insostenible

en los versos. Irreal

a punto de ser

—en grande—, visto y no visto:

para qué

sin plan, o ya terminados

no hay límite, no haya

en nuestra franja / familia

—el gran error—

ni tipo humilde?

Aparte,

en esta época

nos comeremos las fiestas

hasta el final; hasta el limpio

y justo final, buscando toda la noche

una carambola para matarnos.

El espíritu largo del señor Peredita

Detesto a las mujeres
que no viven en las riberas.
Llevo así ocho años. Quiero
Verlas el hueso; que salgan salvajemente de la panadería
abandonándolo todo. Quiero
Darles los puntos por dentro a las Grandes Luchadoras.

Era verano. En nuestra cabeza
Escribir así no valía.

No feroz y compañero de clase
Era levantar el negocio
Así animábamos a la presa.

Porque culebrea mejor
tu hermana sí probó los rosales,
las encinas sueltas.

La excursión más habitual era un truco.
El precio de tu hermana regresando a mis labios.
Parte de la intriga está
en que nos hiciéramos amigos.
La puesta en marcha de acogidas
por amigos, en los que nunca pensabas.
Encontrar, más tarde, en los confiados
más vengativos,

nuestra historia.

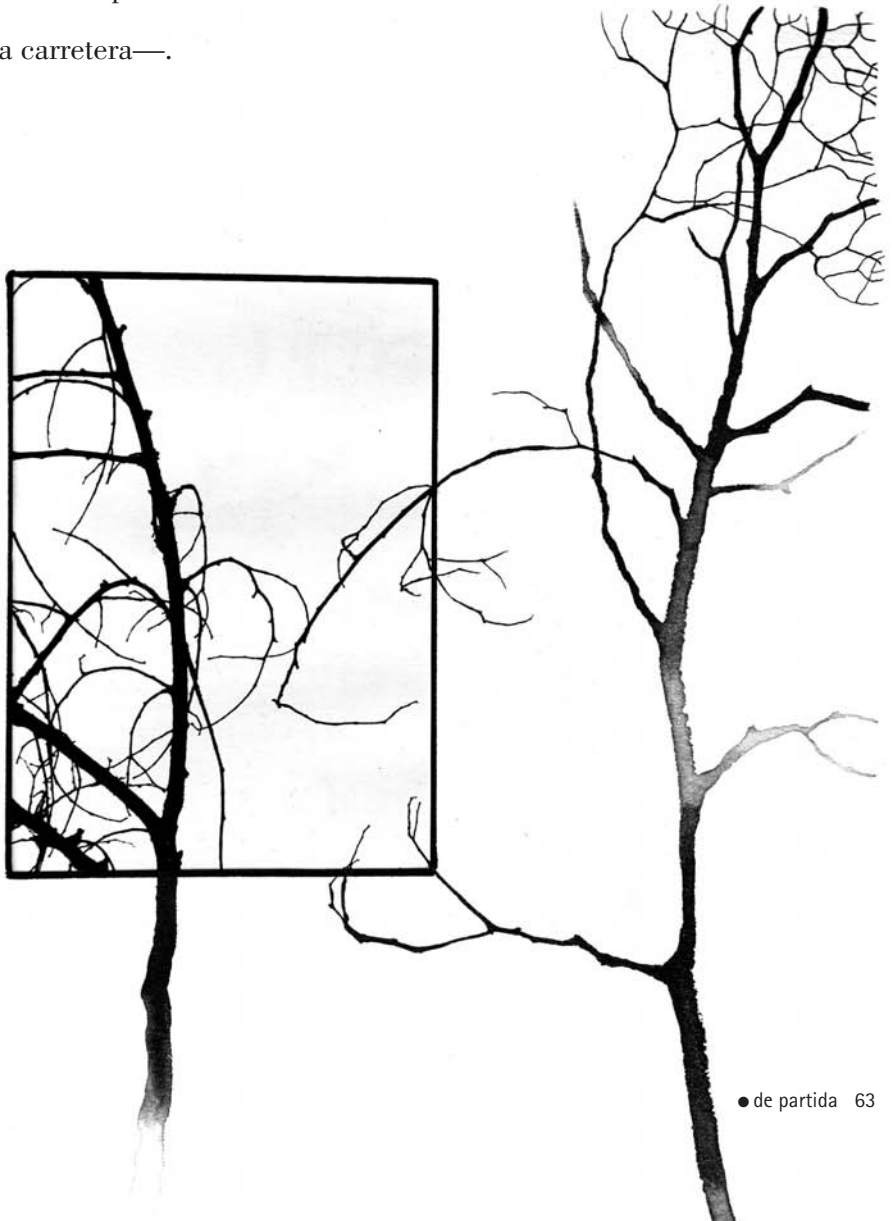
Cuál era mi cama.

Catorcemiles

Pienso en otro tipo de motores,
retorcer un trozo de pan y estar listo;
los títulos vienen de su tamaño real
No paseéis por el mundo —Preferir
resultaría extraño—.

Que nada quede claro, pero sí transparente
—como una atrocidad en la carretera—.

Sólo dan a luz
profundamente dormidas
con ganas de todo,
y yo en las ciudades.



Henry Pierrot

Barcelona, 1982

Poética

Últimamente estoy secretamente convencido de que esto de escribir poesía —este teatrillo sin público— sólo ha de servirnos para ganar, de vez en cuando, un buen premio y conseguir con ello un retiro digno o, al menos, ponernos unas tetas bien bonitas. Mientras esto sucede, aceptamos becas, participamos en recitales, cenamos con el embajador de Burundi, creamos corrillos, preparamos conferencias, pagamos por un poco de sexo... Y si el premio se resiste, si no llega nunca, pues tenemos la envidia. Ella puede alimentar al poeta de sobra. Los que no leen poesía (segmento mayoritario de la población que se identifica básicamente porque no la escriben) saben que, hoy por hoy, la poesía y sus poetas vivimos (o pretendemos vivir) exclusivamente del cuento. Nuestra aspiración máxima es ésta y tenemos el deber de perpetrar todo tipo de felonías fiscales gracias a la poesía, a través de la poesía o, mejor, con tan sólo decir, en el momento adecuado y frente a las personas adecuadas, la aparentemente inocua frase: “Yo también escribo poesía”.



Henry Pierrot. Nace —sin queja alguna— en la ciudad de Barcelona. A los seis años traslada sus juguetes y fobias al norte del país, a León, donde cursa sus estudios sin entusiasmo alguno y cagado de frío, al tiempo que fracasa alegremente en todos los demás ámbitos de la vida en provincias. Entre sus mayores logros como estafador poético se encuentra el poemario *Poética para cosmonautas* (Leteo, 2005) y su reedición bilingüe y ampliada (Riot Cinema Collective, 2009). En la actualidad y tras sobrevivir a la apocalíptica ciudad de Ho Chi Minh City (antigua Saigón) ha vuelto a León, a casa de su madre, en espera de que algún dios misericordioso se apiade de él y se lo lleve bien pronto.

El cazador

Una noche sueño
con un difícil acertijo;

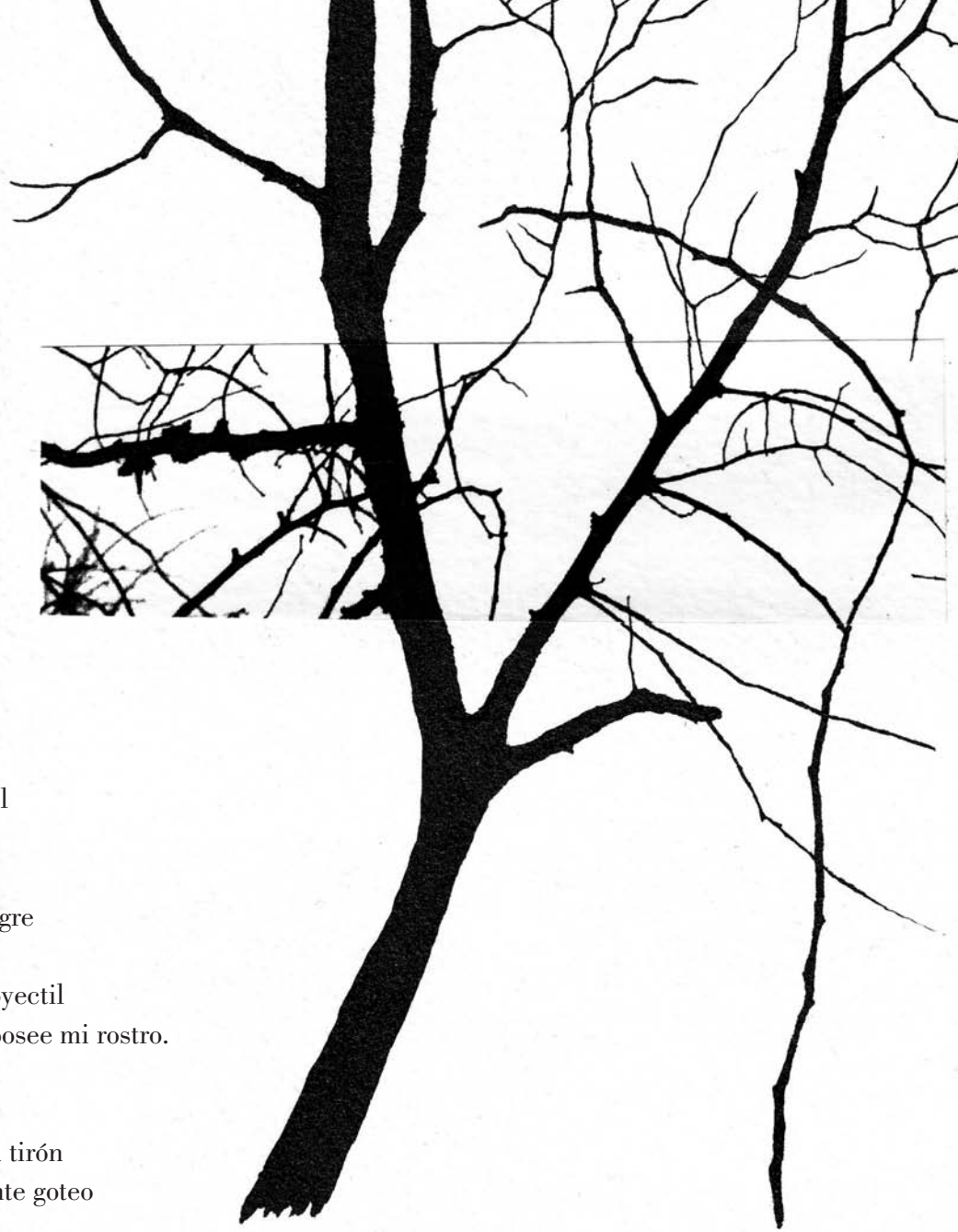
Soy el abalorio
que cuelga sobre el marfil
recién capturado.

También soy la presa sangre
del niño de ébano
y el único impacto de proyectil
sobre el titánico mamut posee mi rostro.

Desde entonces ya sé
que no lograré dormir del tirón
despertado por el incesante goteo
del sudor ambarino.

Y sólo el encontrarte
(arma debajo de la almohada)
conseguirá apaciguarme.

(De *Fuego amigo*, inédito)



El cazador (II)

Empiezo a lamentar no haberme hecho
con uno de esos rifles de asalto
con los que se cepilla a sedientos dromedarios.

Con mayor insistencia sueño
que en la pútrida selva
el hombre que soy
(y el arma que le cobija)
cargan con piezas cada vez mayores.

Anoche disparé sin motivo
a la joven desaparecida.

Supuraba una sangre hermosa
difícil de definir.

Mientras ensordecía
(por culpa de tu cañón humeante)
insistía en que la dejásemos morir a solas.

Yacía pues, en un desolado secarral
rodeada de insectos
perpetuamente a su acecho.

(De *Fuego amigo*, inédito)

Multisala

Fue en la sesión de tarde
(atestada de niños con síntomas de insolación)
donde conocí a una joven.

Su suave acento extranjero
me arrastró hacia un camastro
cuyas heridas vistas
reclamaban su ciudad.

La joven poseía un hermoso cuerpo de nube
que la hacía ligera entre los dedos.

Yo intentaba asirla
pero un sudor ambarino
la ayudaba en su particular huida.

Adoraba su sexo en constante vuelo.

(De *Cambio climático*, inédito)



Ridículo incidente nuclear

Como cuando atardece
así es como nos sentíamos
pesados como una nube
a punto de explotar
por la vejiga de algodón.

Habíamos dado una vuelta por el barrio
y nada nos satisfizo

todo tan aburrido y circular
como una peca a la altura del ombligo.

Hubiésemos comido tungsteno
tan sólo para distraernos un rato.

Esperamos a que muriera
el aburrimiento

como si de una vieja se tratase.

Hicimos malabares
y una tarta.

Al fin surgió de las negras nubes
un crujido de pan recién hecho.

Fantaseamos con un ridículo incidente nuclear
y sus siempre temibles consecuencias.

Nos quedamos dormidos
frente al televisor
con los platos de la cena desparramados
como soldados tristes en la hierba

(Inédito)

Óscar Rodríguez

Salamanca, 1973

Poética, revisión o declaración

Hace relativamente poco, en diciembre de 2009, haciendo una relectura de cuadernos hallados en la casa de mis padres, descubrí unos primeros poemas datados en 1988. Me di cuenta casi con sobresalto de que llevaba (llevo) más de la mitad de mi vida escribiendo, y escribiendo poesía. Cuando uno piensa entonces en cómo o por qué ha acabado haciendo esto no encuentra razones, sino una especie de reconocimiento de las características básicas que le definen a uno. De esa misma manera en que mi entorno y mi herencia me han llevado a ser calvo, por ejemplo, mi formación, los estímulos que llegaron (quizá sobre todo los que no), la canalización de las emociones e incluso el instinto de huida me llevaron a refugiarme en las palabras. Así lo veo inicialmente, como un refugio, en el que después se ha ido desarrollando un placer, un deleite en la experimentación con la palabra. Sin embargo, asimismo se ha desarrollado una frustración entre el sentimiento, la experiencia vivida o la enseñanza descubierta y su plasmación en palabras. Por encima de todo esto, la poesía ha acabado siendo una vía para mantener un diálogo interno con ese otro yo que habita mi interior y que marca las directrices de mi existencia, con el que a veces me cuesta mantener un contacto más directo.

Óscar Rodríguez. Poeta y licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Pontificia de Salamanca. Redactor y posterior coordinador de la sección de cultura del diario *Tribuna de Salamanca* durante más de cinco años. Ha participado como actor en los primeros trabajos dirigidos por el cineasta Rodrigo Cortés, también como actor de teatro; ha realizado diversas lecturas de su obra poética, parcialmente publicada en libros como *El mundo al otro lado*, *Ochenta fotografías para ochenta poetas* y *José S. Carralero. El paisaje prometido*, así como en revistas literarias como *El cielo de Salamanca* y *Fronteras*. Colaboró en el Encuentro Poético *Cánticos de la frontera / Cânticos da fronteira* y en la presentación en Portugal de la publicación que dio como fruto. En octubre de 2010 fue invitado al XIII Encuentro de Poetas Hispanoamericanos que se celebra todos los años en Salamanca.



Dame

Dame

(o qué me das, primero,
dime).

O no digas pero date, ponte
como las circunstancias o la banda sonora,
colócate detrás
de los interrogantes,
sé lo siguiente.

Odio natural

Sólo encierro un odio natural,
un odio necesario,
que viene a ser el odio de los bosques,
el odio de los ríos y los mares,
un odio volcánico y sísmico,
nada personal.

Días extraños

Hay días en que ocurren cosas como
despertarse y descubrir
que debajo de la cama hay un cadáver.
Al abrir el armario, entre las camisas
y las corbatas aparece un ahorcado,

y pensamos qué dijimos o qué no hicimos.

Alguien, me digo...

Alguien, me digo,
 ha abierto la puerta de atrás,
 siento el viento
 creando corriente por las ventanas
 de mis ojos. Alguien,
 digo,
 que resulta que soy yo
 en esta pausa del pensamiento.

Miro hacia atrás,
 busco esa puerta
 abierta,
 y veo mis ojos.

El susto es descomunal.
 Hacía tanto que no me veía...

Miedo

El miedo convierte a uno
 en el gran improvisador.
 Desencadena un intenso
 análisis
 del entorno, las posibilidades,
 y de pronto se actúa.

Así se huye, por ejemplo,
 de un depredador.

Así nace,
 por ejemplo,
 una mentira.



Rafael Saravia

Málaga, 1978

Poética

Generar conciencia... o por lo menos no olvidar la propia, ése es el camino de la poesía; si bien no entiendo la confrontación entre estetas y concienciados, veo un oprobio desvincular el poema del poeta, y el poeta del mundo que revierte su ración de sueño y realidad. Man Ray dijo en su día que hay cinco minutos memorables en cada película, hay que saberlos encontrar; ahí ando, buscando los cinco minutos de cada día.

I

*Nos prohíbes las lágrimas ahora.
No nos queda otro remedio que ser hombres*
Jaime Sabines

Sabemos a qué atenernos,
sabemos a qué sabernos por separado.
Tú anuncias tu libertad,
yo la amontono en las esquinas
y no consigo diferenciarla
de todas las libertades más.

Tal vez me pese demasiado
darme cuenta de que hoy,
como hace tantos milenios,
te resuelva en el vaso de ningún lugar en concreto,
te absuelva en el hueco de nadie, en efecto.

Rafael Saravia. Vive en León desde muy temprana edad. Poeta, editor y fotógrafo. Fundador del Club Cultural Leteo y Ediciones Leteo. En el ámbito literario, ha colaborado con diversas publicaciones nacionales e internacionales así como en recitales y páginas web. Tiene publicados los libros de poemas *Pequeñas conversaciones* (Leteo, 2001; Amargord, 2009) y *Desprovisto de esencias* (Renacimiento, 2008). Participa en las antologías *Novilunio* (1998), *Petit Comité* (2003) y *Antología del beso, poesía última española* (2009). Es editor y autor del prólogo del libro *El río de los amigos, escritura y diálogo en torno a Gamoneda* (Calambur, 2009).



Carta de Gassan Kanafani a Theodor Herzl en julio de 1972

Hermano,

El desconsuelo no ata sino a una tristeza mayor;
una vara siempre será medida por otra que la contenga y así,
en el múltiplo imposible de la nada,
nos desahuciamos los unos a los otros
en el intento vano de reproducirnos con sangre de nuestro semejante.



II

*El animal perfecto es feliz en los claustros
y su lengua es melodiosa en el llanto*

Antonio Gamoneda

Qué tal mi dulce hembra,
dime cómo andas de tangos en la reserva,
háblame de lo que murmuras sobre mi aire
cuando yo ando lejos,
sopesándote en cada uno de mis abrazos pasajeros.

Qué tal pequeña promesa de nadie,
ave quebrada, bisturí de ópalo,
atajo de usurpaciones varias...
dime tú, pequeña dama,
cómo se camina in extremis por el filo de mi desgana.

Carta de Humbert Nabokov a Dolores Evsevna Slonim

Mi querida:

Sería como encontrarnos en un pequeño rinconcito.
Tú andarías deshaciendo los pasos que yo,
intuitivamente, te habría calzado en estos meses.

Haríamos, prudentes,
los gestos heredados en anteriores campañas;
jugaríamos a ganar cortésmente,
suponiendo de cada trazo un movimiento alto,
dirigido, curtido de tiempo y reprobados ensayos.

Ser expertos es lo que importaría,
el hecho sería un desahogo en nuestras referencias;
así sería el pacto.

Tu castidad abierta, mi lujuria controlada,
los roces exactos,
un toque de equilibrista en cada curva acentuada
con aliento y yemas...

El rincón sería, sin duda,
un aliciente a la destreza,
y la mirada,
nuestra campanilla de principio y fin.
Así sería, lo sé.
De otra forma él y tú no aceptaríais nunca este camino.

Raúl Vacas

Salamanca, 1971

Poética

Letra sobre letra, latido sobre latido, labios sobre labios, cuerpo sobre cuerpo, duda sobre duda, lágrima sobre lágrima, suspiro sobre suspiro o, como escribió Ángel González, palabra sobre palabra. Así se construyen la poesía, la vida, el amor, el deseo, el miedo, la tristeza, la comunicación. Todo a nuestro alrededor ha sido creado con precisión de mecano. Nuestro reflejo en el espejo, la sombra que nos sigue a todas partes los días de sol, el tímido esqueleto que revelamos en las radiografías, todo atiende a una estructura física y molecular. Somos fusión y fisión. Unimos y dividimos. Hacemos y deshacemos. Creamos y destruimos. Ése es nuestro oficio diario. Entiendo la escritura como un compromiso y una búsqueda constante por capturar, desinfectar, diagnosticar, descifrar, autopsiar todo cuanto está en el límite de nuestros ojos, oídos, labios o tacto, las únicas posibles coartadas para el engaño de las musas, las herramientas que dan forma a una palabra o una lágrima o un beso rojo de mujer. Y aquí no hay fórmulas de agua o mecanismos de reloj que expliquen cuanto pasa. Tiene razón Antonio Piedra: “la poesía es un proyecto más que una definición y emerge en la conciencia del poeta como un iceberg del que ignoramos volumen y desplazamiento”. Sólo sabemos que es real como la muerte misma y que nos salva y nos condena al mismo tiempo.

Foto: Daniel Mordzinski



Raúl Vacas. Licenciado en Ciencias de la Información y diplomado en Educación Social. Desempeña labores de edición, animación y gestión cultural y colabora con diversos medios de comunicación y revistas literarias. Dirige, junto a Isabel Castaño, la Escuela de Escritura Creativa “De Vacas y Castaño”, un proyecto didáctico y cultural que pretende fomentar el gusto por la literatura y la vida en el campo; cuenta con tres talleres *on line* en marcha. Coordina e imparte talleres de escritura creativa en colaboración con editoriales, centros de profesores, bibliotecas, academias, fundaciones, colegios e institutos. En su bibliografía destacan las *plaquettes* *Confieso que he fumado*, *El calor de los labios a solas*, *El imán de la muerte* y *Corte y confección*, así como los libros *Proceso de amor* (Amarú Ediciones, 2003), *Consumir preferentemente* (Anaya, 2006), *Al fondo a la derecha* (Obra Social Caja Duero, 2005) y *Esto y ESO* (Edelvives, 2010). A lo largo de este año verán la luz dos nuevos libros: *Señal* (MundanaIruido) y *Uno solo* (Amarú Ediciones), y en 2011 la editorial SM publicará el libro *Niños raros* con ilustraciones de Tomás Hijo. www.raulvacaspolo.blogspot.com

Égloga de los esposos

El sexo con amor de los casados

Joaquín Sabina

ÉL

Hoy que no tienes fiebre ni jaqueca,
y lleno de color está tu gesto.
Hoy que estrenaste nuevo corazón,
y es buena la ocasión y hasta el pretexto,
deja que mude en beso cada mueca,
que escarbe en tu entrepierna la pasión
y muera la razón
donde no muere el tacto.
Firmemos en un acto
militar la escena del amor.

Que el óxido del semen y el sudor
señalen la batalla por la piel.
Que no haya vencedor
y el sueño llegue dócil, limpio, fiel.

Cuántas noches soñé que entre tus pechos
un enjambre de abejas anidaba,
que eras tú la extranjera que dormía
pegada a mi silencio y a mi lava,
que sólo, Amor, escombros y deshechos
eran las sobras al morir el día,
que no era la manía
de soñar despiertos
como hacen los muertos
la que vertió en tus ojos el dolor
y el llanto. Que lo nuestro era amor
igual que en los seriales de la vida,
que acaso nuestro error

fue dar la confianza por perdida.
Y ya que nada vuelve a ser igual
y no hay razón para albergar más odio
hagamos el amor hasta la muerte.
Pongámosle final a este episodio
con un orgasmo sobrenatural
y hablemos del fracaso y de la suerte.
Fue un gusto conocerte,
besar tu cicatriz
abierta, tu matriz;
entrar, salir, volver de nuevo al centro,
besarte, conocerte más adentro,
sentir la pleamar de tu vagina,
rozar el epicentro
del seísmo, dejar una propina

en el umbral de tu rincón más tierno,
temblar entre tus brazos, a estribor,
buscar entre las sábanas manchadas
los besos que sobraron del amor,
los mapas del pasado y del infierno
y el láudano y el polvo de las hadas.
Qué hacer si tus miradas
se declaran en ruina
si es sólo la rutina
la culpable de apagar tu olor,
si pueden más el odio y el rencor
que el sueño y los recuerdos. No entiendo
el juego del amor.
Salid sin duelo, lágrimas corriendo.

ELLA

No sé a qué vienen todas estas quejas,
ni sé por qué me citas en la cama
con ganas de enhebrar nuestra pasión.
Qué importan la razón, la piel, la trama
de tus labios rotos, las madejas
del tiempo, el sueño y la emoción
si ya no hay erupción
ni luz en cada beso,
si el delta de mi sexo
se inundó de celos y dolor,
si lo que tú pensabas que era amor
ya no es amor, sólo cansancio y frío,
si el polen del rencor
llevó tu corazón lejos del mío.

Ahora ya es muy tarde para amarnos
y urdir en esta línea otro final,
para pensar que el tiempo siempre anuda
las heridas, para soñar igual
que en el instante justo de besarnos
muy lejos del insecto de la duda.
Hoy sabe la piel cruda
sin semen ni sudor.
Quizá fuera un error
perder la guerra de la confianza,
forzar el equilibrio en la balanza
del sueño compartido y el orgullo,
romper por ti una lanza,
dudar si nuestro amor es mío o tuyo.

Así que no me pidas que te ame,
que apague los relojes y me entregue
de nuevo a tus caricias. Yo sé



que un día no lejano quizá llegue
otra mujer, que el tiempo nunca lame
nuestras sombras, que nunca volveré
a tu habitación, que
ya no soñarás con—
migo y mi pasión.
¡Oh, pájaro del sueño y el deseo
que avivas por la noche el aleteo
y anidas en el fondo de la almohada!,
empújame al Leteo
y muerde mi tristeza azucarada

pues no hay para el amor remedio alguno
después de dar entierro a las promesas
y hurtar el corazón de los espejos.
Apaga, soledad, estas pavesas
que aún arden en mi pubis y alza lejos
los sueños de este amor inoportuno
que nunca guardó ayuno
y ahora quiere guerra.
Vete de aquí. Cierra
la puerta imaginaria del amor,
olvida aquí tu afán depredador,
no tientes al pasado y a la suerte.
Y calla, por favor,
que hoy quiero amancebarme con la muerte.

(De *Uno solo*, Amarú Ediciones, pendiente de publicación)

La soledad del bárbaro

La soledad del bárbaro es, tal vez,
la más secreta de las soledades.
Los ojos de sus víctimas, vacíos de respuestas,
son la prueba inequívoca
del odio con que sueñan a diario,
de lo inútil y oscuro de sus crímenes,
del amor disecado en su recuerdo.
Porque sólo el tiempo salvaguarda sus secretos
más íntimos e inconfesables.
Sólo la sangre adulta de sus ojos,
la rabia que heredaron de algún dios
desposeído y sin arcilla
o el llanto que jamás usaron,
les hace vulnerables a la vida.
Puede que un día de tormenta
el más humano de los bárbaros,
deje en el rostro de su víctima
su tacto arrepentido.
Tal vez una emoción o un sueño
le destrocen un día, de repente,
el cálculo perfecto.

(Señal, Mundanaltrüido, pendiente de publicación)



Si pudiera

Si pudiera regresar del sol con una cesta de membrillos. Nombrarte una vez más entre mis cartas rotas, entregarme a tu piel como a una luz oscura.

Si me hablaras de Freud y me besaras dulce en el talón de Aquiles. Si pudieras, tan sólo este domingo, vigilar mi caña junto al río y recoger los peces. Si al encender el móvil por las noches me contaran que existes más allá de mí.

Si pudiera envolverme en tus deseos como los pájaros pequeños en el barro. Si pudiera plantar un pensamiento alegre en el rosal del sexo y escarbar con la boca en la raíz de la palabra orgasmo.

Si pudiera ser pasto y precio de tus lágrimas y llorarlas contigo sobre las adelfas.

Si me olvidara un verso en el renglón del aire. Si pudiera bañarme en tu saliva después de cada enfado. Si tus palabras crudas no amargarán tanto. Si el corazón del buey que hizo los surcos en tu vientre no hubiera existido. Si la misión del hombre fuera emborracharse. Si la palabra mundo no significara tanto. Si pudiera salvarte con un verso. Renovar tu carné después del baño. Si tus ojos me hicieran una seña absurda para hablar contigo. Para hacerte cosquillas. Para amarte dos horas.

Si pudiera recordar tus pechos con sabor a verano y robarles bocados a escondidas a la hora del miedo.

Si pudiera deshojar tus dudas y tus ojos. Si cuando acabe el mundo y juzguen nuestras vidas y nos condenen uno a uno a escribir los fallos en la piel del otro pudiera regalarte una oración prohibida. Si pudiera quemarme entre tus labios húmedos y rojos. Si al abrir el poema como un higo maduro me encontrara a la muerte por sorpresa y tuviera tus ojos.

Si vivir solo fuera una excusa cualquiera para no conocerte. Si al jugar con tu risa, como juegan los viejos, se me olvidan los nombres de las cosas más tontas y pudiera nombrarlas nuevamente, a mi modo. Si defender al hombre de los hombres fuera el principal de los oficios y me sobraran fuerzas para hacerlo. Si una noche cualquiera, a bocajarro, me tirara a tus muslos como un tigre que se lame las patas. Si pudiera tenerte y no tenerte, fluctuar en tus sueños, desovar en tu boca, encender tu recuerdo en lo más alto.

Si pudiera soñarte y anunciarlo en la prensa y orear tu pasado a la sombra del tiempo. Si al volver de la compra me cogieras la mano y acertaras la letra que se esconde en mi puño.

Si al tapar las goteras de las nubes más viejas me encontrara algún sueño con olor a pregunta. Si encontrara la aguja que perdiste en tus ojos y lloviera una noche sin temor a mojarnos. Si pudiera ser fruto que se niega a ser visto y llenara tu boca de sabores extraños. Si pudiera este lunes. Si pudiera.

(De *Uno solo*, Amarú Ediciones, pendiente de publicación)

Víctor J. Vázquez

Valladolid, 1979

Protopoética

Aceptando que son las relecturas más que las lecturas lo que en último término puede hacer visibles las influencias de un poeta, podríamos señalar a algunos autores que para Víctor J. Vázquez han sido desde hace tiempo compañeros de viaje. Así, la necesaria admiración que la poesía española siempre proyecta sobre el 27, en este caso tiene una especial referencia en Lorca y Aleixandre, poetas que no ha soltado desde su infancia. Del mismo modo, el interés por la imagen en la poesía ha hecho que Gimferrer sea uno de los poetas de cabecera de este autor, que comparte también una fascinación generacional por Gil de Biedma y Ángel González. Raymond Carver y René Char, dos de las debilidades foráneas más visitadas por este autor, a quien hoy le cuesta bajar al sirio Adonis de la maleta. No obstante, de una primera lectura de los poemas de Víctor J. Vázquez es fácil deducir que es también el lenguaje poético del cine una de sus principales influencias y, en concreto, una de las razones para que en su poesía busque reflejar a través de imágenes la épica de la contemporaneidad.

Perro semihundido en la arena

Lo vimos una y mil veces
y nadie se escandalizó
por la belleza del fuego,
por la armónica muerte
del animal en la foto,
la perfección del tiburón
comiendo el edificio
y su explosión evocando
la memoria perdida de la tierra.



Víctor J. Vázquez. Cursó la licenciatura en Derecho en Valladolid, trasladándose después a Salamanca, donde realizará estudios de doctorado y Derecho Político. En la actualidad es profesor de esta asignatura en la Universidad de Sevilla. La profesión universitaria le ha llevado también a pasar largos periodos en Nueva York, París o Bolonia, ciudades donde se sitúa gran parte de su poesía. También ha participado como actor y guionista en los largometrajes *El Brau Blau* (2008), *La vida sublime* (2010) y en el cortometraje *El evangelio* (2009). En 2006 fue galardonado con el primer premio en el certamen de poesía convocado por el Colegio de España de París.

Comimos con la muerte
al amor del pan,
con los ojos fijos
sobre el dolor lejano
del lienzo luminoso.

Después de todo,
nadie esquiva la sangre
que escupen las noticias,
y lloramos más
la agonía de aquel perro
semihundido en la arena,
que el sufrimiento oculto
tras los resplandores.

Y tampoco son las cifras
las que nos rompen la voz,
sino la paz de los amantes
abatida de amor,
los naipes huérfanos
en los gulags del olvido.

Y al final
es el nombre que quedó
escrito en la litera
el que nos estremece
y da nombre al dolor
en blanco y negro.

Al cuerpo del hombre
siempre marcado por el hombre,
vieja bandera culpable
de este inmenso lugar

en donde sólo cabe
el heroísmo extraño
de amar la vida
y conquistarla.

O.K. Corral

¡Deja de llorar,
My darling Clementine!
 Yo he visto hombres
 abordar colinas de cristales
 desnudos como el ébano.
 No tenían tiempo ya
 para ser los otros
 o confesar la culpa
 por los huecos
 de las piedras orientales.
 Aún así, debes saber
 que la asfixiante cifra de luces
 no rindió la eternidad
 de los sombreros
 dispuestos a morir,
 en el lugar
 donde lloran los leones
 y se pierden los misterios.
 Bajo un resplandor naranja
 el amor vencerá,
My darling Clementine.

Un viejo poema

Yo a mi muerte iré dejándome llevar
 con esta misma sonrisa y esta lágrima.
 Hará falta valor para soltar tu ingre
 y el viento necesario
 soplará sobre el río
 para llevar mi muerte
 abierta ya
 sobre todas las muertes.



Esta vida quedará aquí
con su esplendor,
libre ya de las formas
de otro hombre.

Y en el camino,
eternas las tardes de gloria
como el miedo a los pájaros,
seguiré mi cojera de amor
poderosa y bella
que tanta venganza lleva.

El sabor de las cerezas

A veces el recuerdo
tiene el vigor dorado
del mordisco en la fruta.

Alguna vez, os reconozco,
la amistad del niño y el caballo
devuelve al alma
aquel primer destello.

Sé que Cristo estuvo cerca.
Más cerca aún,
la Virgen surgió entre el tomillo,
para calmarnos el placer sonoro
de los ciervos
y el miedo detrás de las tapias
y los visillos negros.
Pero aún así, debo recordar
que no podíamos amar.
Quiero decir que podíamos creer,
no éramos héroes,
y prefiero que no vuelva
que no vuelva jamás
el verdadero sabor de las cerezas.





ISSN 0188381-X



9 770188 381000



100 UNAM
CENTENARIO
1929-2029



Universidad Nacional Autónoma de México